

7.

IOS

DOS



*H. Excmo. Sr. Marqués de S. Juan de Piedra
Alba, alma teresiana, si la hubo.
El autor*

LA FLORECILLA DEL NIÑO JESUS

EPISODIOS RIMADOS
DE LA
HISTORIA DE UN ALMA

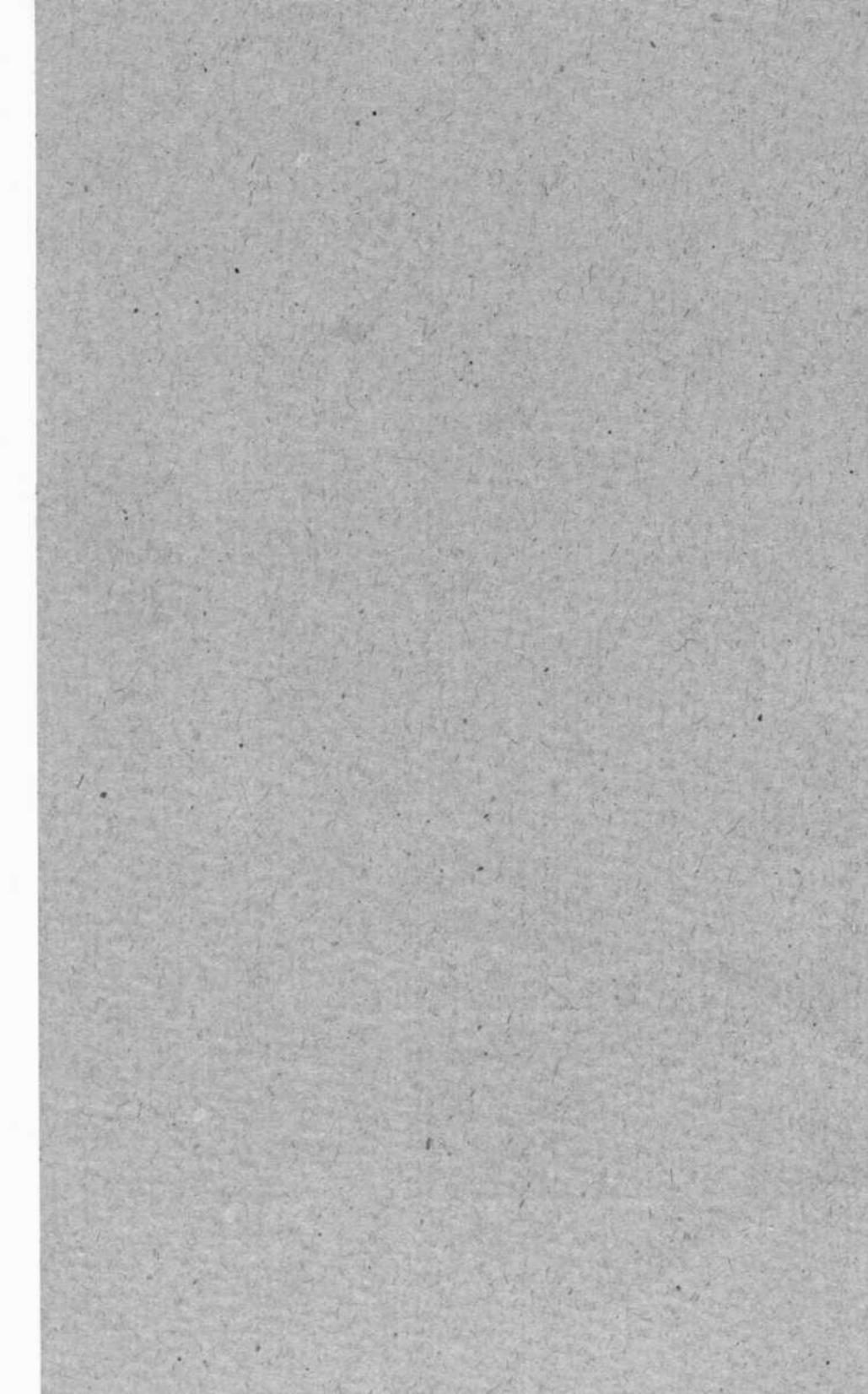
POR

FR. FLORIAN DEL CARMELO

—CARMELITA DESCALZO—

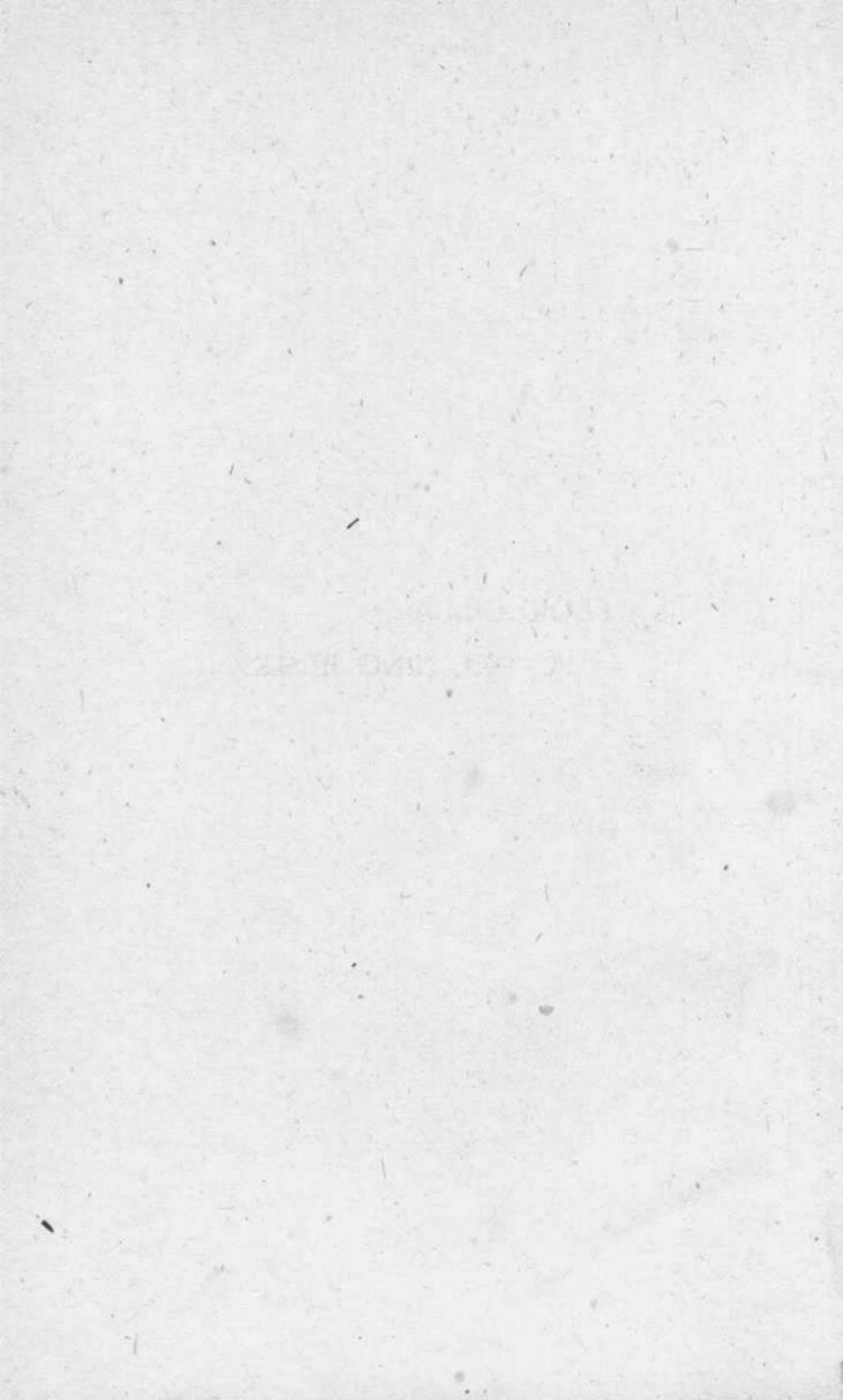


BURGOS
TIP. «EL MONTE CARMELO»
1920



LA FLORECILLA

DEL NIÑO JESUS



LA FLORECILLA DEL NIÑO JESUS

EPISODIOS RIMADOS

DE LA

HISTORIA DE UN ALMA

POR

FR. FLORIAN DEL CARMELO

CARMELITA DESCALZO

ROMA 1918

Con las debidas licencias.



BURGOS

TIPOGRAFIA DE "EL MONTE CARMELO"

1920

*El producto de esta obrita se
destina íntegro a la restaura-
ción del santo monte Carmelo.*

Flores sin espinas

¿Quieres, lector, cantares
de trovadores? ...
¿Quieres rimas olientes
como unas flores? ...
Oye la lira
de un alma que en mi Carmen
canta y suspira.

¿Quieres granadas rojas,
frescas granadas?
Yo te las doy muy frescas
y perfumadas;
pero te advierto
que mis granadas vienen
de ajeno huerto.

¿Te recrean las gayas,
las lindas flores?
Yo te las doy tan buenas
cual las mejores;
son puras mieles,
que he recogido en místicos,
santos vergeles.

Azucenas y nardos,
lirios, jazmines...

Todas las más graciosas
de los jardines;
tan peregrinas,
que hasta rosas te ofrezco
¡ay! sin espinas.

Es del jardín que digo
maga y señora
una virgen que a todos
nos enamora;
tanto se humilla,
que ella misma se dice
la *Florequilla*.

Es la «Historia de un alma»
el jardín santo
donde la *Flor* suspira,
donde yo canto;
con mis canciones
quiero elevar al cielo
los corazones.

Es la «Historia de un alma»
fuente de amores,
foco de luz y nido
de ruiseñores;
es primavera
perenne, con la flora
más hechicera.

¿Quiéres saber el nombre
de aquella *fada*?
Teresita se llama...

No he dicho nada.
La niña esa
no desmiente a su madre
Santa Teresa.

¡Qué bellas son las flores
de mi Carmelo!
son de la tierra encanto,
y luz del cielo:
y tan divinas
que hasta las bellas rosas
son sin espinas.

Lector, ¿la conoces?

Nueva Cecilia, el harpa en una mano
Y en otra el Evangelio, su tesoro,
Parece contemplar divino arcano
Para cantarlo con el harpa de oro.

Vestida de sayal carmelitano,
Da al Carmelo hermosura, luz, decoro;
Ora cante su canto soberano,
Ora rece su rezo en almo coro.

En su casto pechuelo un nido encierra
De místicos y harpados ruiseñores,
Más cantores que aquellos de la sierra.

Aun viviendo cifraba sus amores
En lanzar desde el cielo hasta la tierra
Una lluvia de gracias y de flores.

Si las flores hablasen...

Si pudieran hablar las florecillas,
Dirían al Amor mil maravillas:
Dirían al Señor de los señores
Lo que saben sentir y amar las flores.

Jamás por humildad, poco humildosa,
Dice el nardo que huele más el cardo;
Ni la rosa, de aroma peregrino
Se pospone a la zarza o al espino.

Antes abriendo su botón la rosa,
Y estallando su espiga oliente el nardo,
Con lenguaje divino,
Nos hablan del Amor como Bernardo,
Nos enseñan a amar como Agustino.

Y si baja el Amor del cielo, y besa
La flor que más se humilla,
Se consume de amor como Teresa,
La Virgen de Castilla,

O canta, sin rival, su eterna infancia
La *Flor de lis* más bella que hubo en Francia.

Desde el Calvario al cielo

No contaba tres años
La Virgen de Lisieux, cuando decía
A su madre querida cierto día:
«—Yo quisiera, mamá, que te murieses...
—¿Tan mal me quieres, prenda?
Mereces que por mala te reprenda.
—Mamita, no me riña,
Dijo llorando con dolor la niña.
Yo quisiera, mamá, que te murieses...
¡Para que al cielo fueses!
¿No dices que morir es necesario,
Y que al cielo se va desde el Calvario?...

¿Desde el infierno al cielo?...

No tenía tres años
La Virgen de Lisieux cuando otro día
A su madre decía:
«—¿Si soy buena, entraré en el paraíso?
—Cierto; si eres muy buena.
—¿Y si no soy muy buena, iré al infierno?
—Jesús te lo dirá, que es Juez eterno.
—Mas, yo sé lo que hacer, si el caso llega
—¿Qué has de hacer, pecadora?

—Pues, sin pedir permiso,
 Por si alguien me lo niega,
 Iré a buscarte a ti en el paraíso;
 Y, llora, que te llora,
 Me esconderé en tu seno,
 Y tú me estrecharás con fuerte abrazo;
 Y viéndome el buen Dios, como es tan bueno,
 ¡Ay! ¡no me arrancará de tu regazo!

Midiendo la muerte

I

Cuando murió su madre idolatrada,
 Teresa quiso verse frente a frente
 Con la muerte, que estaba encapotada
 En la capilla ardiente.

Como era tan pequeña
 La Virgen de Lisieux, se alzó en puntillas,
 Y en la caja, vestida de estameña,
 Vió a su madre con pálidas mejillas.

*Miró de abajo a arriba con fijeza,
 Y observó de la muerte la grandeza.*

II

Mas, quince años después, vió Sor Teresa
 Otra vez a la muerte, cara a cara,
 Cuando bajó a la huesa
 La Madre que fundara
 El Carmen de Lisieux, y ¡cosa rara!

Con ser siempre pequeña
La más linda entre lindas florecillas,
Esta vez no se empeña
En observar, curiosa, de puntillas.

Miró de arriba a abajo
Y midió con su vista en un minuto
Que la muerte ya entraba sin trabajo
En aquel ataúd *tan diminuto*:
¡Y es que vió en el cadáver frío, inerte,
Cuán pequeña era ya la pobre muerte!

Detrás de aquellas rejas...

¡Qué linda es su casita!
¡Qué encantadora y bella!
¡Qué feliz, qué feliz es Teresita
En la casita aquella,
Junto al jardín, que llaman de la «Estrella».

¡Cuán vasto panorama!
¡Cuán bello y dilatado el horizonte!
¡Cómo canta en su rama
La que, si *Flor* se llama,
Es la alondra más gaya de aquel monte!

Su padre, cierto día,
La llevó a la iglesita del Carmelo,
Y díjola: «Hija mía:
Detrás de aquellas rejas está el cielo,
Detrás de aquellas rejas del Carmelo».

Y en el cielo, detrás de aquellas rejas,
 Encontró su tesoro
 Aquel Angel de auríferas guedejas;
 Porque estaba, detrás de aquellas rejas
 El coro del Carmelo: su almo coro.

Mirando a su Esposo

Tenía seis años la Flor perfumada;
 Un día su padre la dijo: «*Reinita*: (1)
 Vámos hoy al campo; que ya la alborada
 Con ondas brillantes la atmósfera agita».

Y juntos salieron la niña hechicera
 Y el padre, orgulloso de su *Reina* hermosa;
 Y juntos marcharon por verde pradera,
 Con luz en las almas, con faz luminosa.

Y juntos bajaron al próximo río;
 Y mientras el padre pesca con anhelo,
 La hija murmura: «¡Dios mío, Dios mío!
 ¡Qué de almas tu pescas lanzando tu anzuelo!

—¿Qué dices, Teresa?—pregunta el buen viejo.
 —Hablo, padre amado, con mi dulce Esposo,
 Al ver su retrato, mirando este espejo,
 Donde se refleja su cielo glorioso.—

De pronto aquel cielo, con nubes oscuras
 Se entolda, se cubre; levántase el viento,
 Y agita y revuelve las corrientes puras,
 Y ensorda los campos con hórrido acento.

1 Así solía llamar a Teresita su buen padre,

El trueno retumba por valles y montes;
Las flores se inclinan con tristes desmayos;
Y cuando se cierran más los horizontes,
Se vislumbran sólo fulminantes rayos.

—Vámonos a casa, vámonos volando—,
Dijo el padre amante, medroso, a Teresa;
Vámonos a casa que está fulminando
El Señor sus rayos, mi dulce princesa.

—¿El Señor tú dices?... ¡Oh padre piadoso!
¿Acaso le viste, como yo le he visto?...
Déjame que goce mirando a mi Esposo:
¡Cuán grande, cuán grande se muestra mi Cristo!

¡Cuán grande y cuán bello le miro enclavado
Sobre el leño santo, lanzando querellas!
¡Cuán grande, cuán bello le veo exaltado
Por horribidos truenos, por ígneas centellas!

Tenía seis años la Flor del Carmelo
Y ya de su Esposo la luz y hermosura
Veía en los campos, miraba en el cielo,
Hallaba doquiera su faz dulce y pura.

Rosa encendida

¡Qué buena era Paulina,
La hermana de Teresa,
La que de tierna madre
Servía a la *princesa*,
Desde la triste fecha
En que tendió su vuelo

La madre de la tierra,
Para volar al cielo!
¡Qué buena era Paulina!..
Cierta día enseñaba
A Teresita cómo
Dios las culpas lavaba,
Diciendo que la sangre
Del Mártir del Calvario
Desciende a lavar culpas
Hasta el confesonario.
Y aún añadió Paulina:
—Oyeme bien, Teresa:
En el confesonario
Es Dios quien nos confiesa;
Porque allí el sacerdote,
Según la fe lo abona,
De Jesús representa
La sagrada persona.
—Siendo Jesús, repuso
Teresa vivamente,
Bien puedo allí decirle
Que le amo inmensamente;
Que quiero que me lave
Con su sangre preciosa
Tal que, al salir, parezca
Una encendida rosa.—
Y... fuese a confesarse
Teresa, bien contrita;
Y cuando el sacerdote
La absolución recita,

Dobla la niña hermosa
Su cabeza, pensando
Que está Jesús sobre ella
Su sangre derramando.
Al salir de la iglesia
Sintióse tan dichosa,
Tan feliz, tan amable,
Tan pura, tan hermosa,
Que preguntó a Paulina:
«Ya de sangre teñida,
¿No es verdad que parezco
Una rosa encendida?...»

Echando flores

¡Camino, que pasa Jesús por las calles,
El lirio del campo, la flor de los valles!
¡Camino! que pasa con paso muy lento
Y mira y bendice desde el Sacramento.
Tended vuestras capas, creyentes varones,
Recoged en ellas santas bendiciones;
Tended vuestros mantos, mujeres piadosas,
Orlados de lirios, cuajados de rosas:
Rosas encarnadas, rosas peregrinas,
Rosas perfumadas, rosas sin espinas;
Rosas como aquellas que llevó en su manto
La Virgen María al Gólgota santo.
Cantando el «Hosanna», venid, pequeñuelos;
Jesús, vuestro amigo, os llama a los cielos.

Venid, bellas niñas; traed canastillos
De aromosas flores, de olientes tomillos.

.
Allí está Teresa, gentil *Floreccilla*,
Vestida de blanco, con su canastilla;
Muy altas, muy altas, arroja su flores
Al Rey de los reyes, Señor de señores.

¡Ah, cómo se enciende su faz peregrina
Cuando revolando, como golondrina,
Una clavelina la custodia toca,
Como si besara la divina boca!

El Orión

Estaba el cielo tan puro,
Tan azul, tan estrellado,
Que entusiasmada Teresa,
Que lo estaba contemplando,
Dijo a su padre: «Rey mío:
Puesto que eres un rey sabio,
Dime, ¿qué dicen aquellas
Seis estrellitas?»

—¡Dios santo!

¿Piensas, reina, que yo tengo
Relaciones con los astros?

—Pues mira, papá, yo veo
Muy espléndido y muy claro
Escrito mi nombre hermoso
En esos puntos dorados.

—Tú sueñas, reina.

—No sueño.

¿Ves las estrellas de que hablo?

—¿Cuáles?

—Aquellas juntitas;

Serán seis, si no me engaño.

—Pues esas forman, mi reina,

La constelación, acaso,

Que llaman *Orión*, yo creo,

Los que conocen los astros.

—Pues en ese Orión tan bello

Alguien, papá, ha dibujado

La inicial del nombre mío,

Por arte de amor o encanto.

No ves que forman la *T*

Escrita con bellos rasgos?

Pues ellas dicen: «Teresa,

Abandona el mundo vano,

Y vente a vivir al cielo

Para brillar con los astros».

Blanco dosel

—Dime, Paulina, querida hermana:

¿He sido buena por la mañana

Y por la tarde y al mediodía?

¿Vendrán los ángeles, en forma humana,

Vendrán los ángeles, hermana mía,

Cruzando espacios, cruzando salas,

Y en mi camita, con blancas alas,

Un dosel blanco pondrán, al vuelo,
 Como el más bello que hay en el cielo?
 Dime que he sido buena este día;
 ¡Dímelo, hermana, Paulina mía!

Esto Teresa, para consuelo,
 De su Paulina querer sabía;
 Y si Paulina no la dijera
 Que fué muy buena, muy retrechera,
 Por la mañana y al mediodía,
 No descansara, nunca durmiera
 La niña buena, que pretendía
 Que un coro de ángeles, en forma humana,
 La hiciera un blanco dosel, al vuelo,
 Como el más bello que hay en el cielo,
 ¡Cual si ella fuera su soberana!

Santos grandes y pequeños

Saber quiso Teresa,
 Desde su tierna infancia,
 Misterios hondos, hondos,
 Verdades altas, altas.
 Cierta vez una duda
 Cruzó como una ráfaga
 Por su serena mente,
 Y dijo así a su hermana:
 —Respóndeme, Paulina,
 Y excusa mi ignorancia:
 ¿Por qué en los altos cielos
 No da Dios a las almas,

A todas, igual gloria,
Igual corona y palma?
¿Por qué hay santos tan grandes,
¿Por qué hay tan grandes santas,
Al lado de otras muchas
Que están casi ignoradas?
¿Cómo feliz ser puede
Una *santita enana*
Junto a Santa Teresa,
Mi gigantesca Santa?...
Respóndeme, Paulina,
Y excusa mi ignorancia.—

Y Paulinita, al punto,
Dijo como inspirada:

—Corre, Teresa, corre,
Y tráeme de la estancia
De papá aquella copa
Del dorado anagrama...

—Héla aquí, Paulinita.

—Perfectamente, hermana.

Dame el dedal minúsculo
Con que a coser te ensayas.

—Aquí está el dedalito.

—Perfectamente, hermana.

Haz el favor ahora

De traermé la jarra,

La jarra grande, ¿puedes?

La de la palangana.

—Si puedo.

—Pero, mira,

Tráemela llena de agua...

—Hé aquí la jarra grande.

—Perfectamente, hermana.

—¿Qué vas a hacer, Paulina,
Con tanta cosa rara?

—Míralo, niña; quiero

Llenar, llenar bien de agua

Este dedal minúsculo

Y esta copa cifrada...

Ya están entrambos llenos

De linfa pura y clara;

¿Quieres que siga echando

En ambos agua y agua?

—¿Para qué, Paulinita;

¿No ves que se derrama?

—Tienes razón, Teresa;

Mas, dime ¿qué les falta

Para estar ambos llenos?...

—¡Si no les falta nada!

—Pues... ¡lo mismo en la gloria!

Llenas están las almas,

Las grandes y pequeñas,

De luz, de dicha y gracia,

Del agua de la fuente

Que empurpurada salta

Del costado de Cristo,

Esposo de las almas...

¡Llenas están toditas,

sin que les falte nada!—

.

Bien comprendió Teresa
La lección de su hermana.

A la vera del mar

Sobre una roca un día
Sentadas a la vera
Del mar, estaban juntas
Paulina y su Teresa.

Era la misteriosa
Hora de las tristezas;
La que melancolías
Sin fin el mar engendra.

El rey-astro marchaba
Muy lento en su carrera,
Cual si temiese hundirse
Y acabar su existencia.

En las azules ondas
Dejaba ardiente estela,
Como camino de oro
De un alcázar de perlas.

Teresa contemplaba
Extática una escena
Que ni pintores pintan
Ni soñadores sueñan.

La pequeña veía
El mar por vez primera,
Y una puesta brillante
De sol en mar espléndida.

Sus ojos, muy abiertos,
Seguían la carrera
Del astro agonizante
Con singular tristeza.

Cuando Paulina, viendo
La luminosa estela,
—«¿Ves, niña, dijo, el surco
Que el sol en la mar deja?

»Pues ese surco de oro
Es imagen perfecta
De la gracia, que alumbra
Nuestra mortal carrera.

—Sí, sí, Paulina hermana,
(Balbuceó Teresa);
Por esto yo imagino
Que va tras de esa estela
Mi corazón bogando
Como barca ligera,
Llevando desplegada
Su inmaculada vela;
Bogando a prisa, a prisa,
Siguiendo en su carrera
A Jesús, sol radiante
De luminosa estela.—

¡Adios, Paulina!

¡Adiós, Paulina! Remonta el vuelo,
Que allá en su roca Jesús te espera.
¡Qué bellos nidos tiene el Carmelo!
Cómo me encanta su pajarera!

¡Adiós Paulina!... Lloro, sí, lloro,
Porque contigo volar quisiera,
Cantando un cántico dulce y sonoro
De los que alegran tu pajarera.

¡Adiós, hermana, Paulina mía!
Píde a la Virgen que, antes que muera,
Cante yo cánticos de noche y día
En el Carmelo, tu pajarera.

¡Adiós, hermana! Remonta el vuelo,
Que allá en su roca Jesús te espera.
¡Qué bellos nidos tiene el Carmelo!
¡Cómo me encanta su pajarera!

Así Teresa, triste, llorando,
De su Paulina, se despidiera,
Cuando Paulina, su vuelo alzando,
Voló al Carmelo, su pajarera.

Al sonreír la Virgen

(AURORA)

Una Flor, cuyo nombre se y me callo,
Apenas vió la luz de primavera,
Empezóse a inclinar sobre su tallo,
Por ser Flor de otra esfera.

Sonriente y feliz con su fortuna,
Y recantando amores,
Miraba socavar junto a su cuna
El plácido sepulcro de las flores.

En torno de su lecho pequeñuelo
Murmuraban plegarias y oraciones,
Que iban volando al cielo,
Doloridos y amantes corazones.

Allí una voz decía:

«¿Por qué quieres llevarte tan a prisa,
Dulce Virgen María,
La Reina de mi amor, mi fiel Teresa?

»¿No han bastado a tu anhelo
Las flores que te di para el Carmelo,
Que quieres, Virgen santa,
Cortar del tallo la que más me encanta?

»¡Santa Virgen María:

Cumple tu voluntad y no la mía!»
Tal dijo en su dolor el padre anciano
La oración más divina del cristiano.

Y una joven, postrándose de hinojos,
Ante la imagen de la Virgen buena,
Hechos fuentes de lágrimas sus ojos,
Continuó la oración con honda pena:

«¿Por qué, Virgen divina,
Flor del Carmelo, Estrella matutina,
Dejas que muera en su temprana aurora
Esta Flor que cautiva y enamora?...

»¿No podías hacer que pereciera
Quien, cual yo, nunca diera
Aromas ni fragancia
Desde los días de mi tierna infancia?

»Virgen, a quien adoro,
Virgen, a quien venero;

Para mí compasión pido e imploro;
Vida para tu Flor pido y espero.»—

Y la Flor, cuyo nombre sé y me callo,
Inclinándose más sobre su tallo,

Dijo a la Virgen santa:

«Si quieres que recobre, oh Madre a prisa

Vida y frescor la planta

Que bendice tu nombre y que te canta,

Dígnate dirigirla una sonrisa».

La estatua se animó; la Virgen bella

Lució como una estrella

En medio de la noche más oscura;

La imagen se animó; la Virgen pura

A su Flor sonrió, y esa sonrisa

Fué vida, luz, calor, aliento y brisa

Que hizo erguirse en su tallo,

Más bella y hechicera,

Esa Flor cuyo nombre sé y me callo,

Esa Flor de perenne primavera.

La florecilla del divino Prisionero

Muy guardaditas, muy custodiadas,

Muy bendecidas con sus miradas,

Sus estampitas lindas, bonitas,

De mil tamaños, de mil colores,

Son la delicia, son el encanto,

Son la alegría, son los amores

De Teresita, la pequeñita

Flor de María, la virgencita
Reina de Francia.

Pero, entre todas las estampitas
Encantadoras, lindas bonitas,
La que exhalaba mayor fragancia
En los jardines y en las casitas
De la pequeña Reina de Francia,
Era una estampa con un letrero
Escrito en orla sobre un sagrario:
«La florecilla del Prisionero,
Del Prisionero del santuario».

Esta estampita era besada
Mil y mil veces por Teresita;
Era mirada y remirada,
Y ante esa imagen linda y bonita
Repite siempre la niña buena:
«Esta es la estampa que yo prefiero,
Porque de aroma siempre está llena
Para recreo del Prisionero
Que en esta santa cárcel se encierra...
Esta es la estampa que yo más quiero,
Porque deseo ser en la tierra
La Florecilla del Prisionero».

Sol de primavera

Miradla qué pura, miradla qué bella:
Parece azucena que salta del broche;
Está suspirando; de amor se querella:
«Ya viene el sol bello; de mi huyó la noche.

»Huyó, sí, la noche de luto y tristeza;
La aurora me anuncia mi espléndido día:
¿Es cierto, Dios mío, que está tu grandeza
Buscando morada, que quieres la mía?...

»¿La mía tan pobre, tan ruin, tan pequeña,
Tan falta de frutos y escasa de flores?...
¡Sí, sí, tú lo quieres! Tu amor hoy se empeña
Vivir con los niños, buscar sus amores.

»Ven, ven a mi pecho; te está preparada
¿Lo sabes, bien mío? morada chiquita;
Mas, ¿llena? ¿está llena mi pobre morada
De todo lo bueno que tiene mi almita!

»¡Comunión sagrada! ¡Comunión primera!
¡Sol del alma mía! ¡Sol de primavera!».

El Sol de los soles bajó al jardincito
De la *Florezilla* que así suspiraba;
El Lirio del valle, cual niño chiquito,
En la blanca almita luego se hospedaba.

Fué escena de gloria; fué escena de llanto;
Teresa lloraba de dicha, de amores.

—«¿Qué tiene la niña?», —preguntan en tanto
Las almas que observan señal de dolores.

—«Quizá gime y llora por no ver al lado
La madre amorosa que el cielo le diera».

—«Quizá, al verse sola, su dicha ha eclipsado
El ver cuánto goza quien está a su vera».—

Y en tanto Teresa lloraba de amores,
Lloraba de dicha, por ver satisfecho
Su vivo deseo. La Flor de las flores,
El Rey de los reyes entraba en su pecho.

«Si yo me muriera, —decía llorando—;
Si al pie del sagrario, Dios mío, muriera!...
Tú me llevarías al cielo volando;
Y entonces ¡qué dulce comunión primera,
Sol del alma mía, sol de primavera!...».

Me quiero llamar «Violeta»

Como es muy linda la niña,
Como es su nombre «Teresa»,
Y sabe cosas tan altas,
Y tan altas cosas sueña,
La llama el viejito abate,
El abate de su iglesia,
«Mi pequeñita doctora»,
«Mi doctorcita pequeña».
Las niñas de la doctrina
Continuamente rodean
A Teresita escuchando
Con visible complacencia
Lo que enseña la «doctora»,
Lo que la cuentista cuenta.
Cuenta cuentos de los cielos,
Narra historias hechiceras;
Dice lo que hablan los ángeles,
Los astros y las estrellas.
Y cuando la vista vuelve
A las cosas de la tierra,
Descubre lo que las flores
En los jardines la enseñan.

Y va deshojando rosas,
Y va derramando perlas
Según historias relata,
Según refiere leyendas.
Y acaba siempre sus cuentos
Con enseñanzas discretas,
Con proverbios infantiles,
Con inspiradas sentencias.
Y casi extática, a veces,
Se dirige a la asamblea
Infantil en un arranque
De arrobadora elocuencia:

«¿Véis, niñas mías, el cielo
Tachonadito de estrellas?...
Ese cielo es nuestro, es nuestro;
Para nosotras lo hiciera
Jesús; porque el cielo es nido
De candor y de inocencia.
Sabedlo: en el cielo hermoso
No podrá entrar quien no sea
Limpio como el blanco lirio,
Blanco como la azucena.
Allí no caben los grandes,
Los soberbios de la tierra...
¡Sólo quien se hiciere niño
Cabrá por la estrecha puerta!
Para ¿qué crecer entonces?...
Seamos siempre pequeñas
Y puras como los lirios
Y blancas como azucenas.

Yo no quiero ser «doctora»,
Ni muy «grande» ni «pequeña»:
Yo quiero ser Florecilla:
¡Me quiero llamar «Violeta»!

Barcarolas

La vida es la nave que boga ligera;
El tiempo es el barco que corta las olas:
Boga, marinera;
Canta barcarolas.

El tiempo no es tiempo de estar en la rada
La vida no es vida de goces y risas:
Ten la vela izada
A todas las brisas.

La vida es la nave que marcha hacia el puerto;
El puerto está abierto cuando allí se llega
El cielo está abierto,
Navega, navega.

¿La gloria del mundo? ¿La gloria buscada
Por mares henchidos de goces y risas?...
La gloria no es nada,
O es polvo que pisas.

Un faro ilumina la gloria fulgente,
La gloria de arriba, la gloria del cielo:
El faro esplendente
Del Monte Carmelo.

Boga, niña, apriesa,
Cortando las olas.
Un faro ilumina tu rumbo, Teresa;
Boga, boga, boga, canta barcarolas.

La Pescadora de almas

Con cielo límpido,
Puro, estrellado;
Con mar en calma
Dios me ha llamado:
«Ven, pescadora;
Tu barca es mía:
«Santa María».

Celeste céfiro
Mueve el velero,
Que en busca de almas
Boga ligero.

Tomad los «débiles»
La barca mía:
«Santa María».

El sol espléndido
Con rayos de oro
De luz y vida
Vierte un tesoro
Tomad los «frágiles»
La barca mía:
«Santa María».

Con red aurífera
 Soy pescadora
 De almas ingratas
 A cada hora.
 Tomad «incrédulos»
 La barca mía:
 «Santa María».

Con cielo límpido,
 Puro, estrellado,
 Lleva mi barca
 Lo que he pescado.
 ¡Navega, alígera,
 Barquilla mía,
 «Santa María»,
 «Santa María».

Las dos estrellitas

¡Qué bellas las noches del plácido estío!
 ¡Qué hermoso está el cielo, qué bello Dios mío!
 Sembrado de luces, radiante de estrellas:
 ¡Qué estrellas tan puras, qué luces tan bellas!

Teresa, en las noches del plácido estío,
 El cielo contempla desde alta azotea,
 Y exclama, diciendo: ¡Dios mío, Dios mío!
 ¡Quién fuera estrellita que así parpadea!

—¿Qué hicieras, hermana, si fueras estrella?—
 Pregunta otra niña con gracia divina.

Teresa responde: «Poner mi alma en ella,
Y al pie del sagrario brillar, mi Celina.

Celina se llama la dulce hermanita,
Que al par de Teresa discurre y palpita,
Que, oyendo a Teresa, repite con ella:
«¡Al pie del sagrario también seré estrella!»

—¡Qué dicha, Celina, brillar sin reposo
Cerca del sagrario como lamparitas!

—¡Qué dicha, Teresa, decir al Esposo:
«Somos tus estrellas en las nohécitas!»

Y en las bellas noches del plácido estío,
Y en las del invierno largas y no bellas,
Teresa y Celina, con calor y frío,
Al pie del sagrario serán dos estrellas.

De jardín a jardín

Una voz la llamaba: «Ven, esposa al Carmelo,
Encontrarás tu gloria, disfrutarás tu cielo».

Teresa escuchó al punto la llamada amorosa,
Y contestó al Esposo: «Yo me doy por tu esposa».

Era una tarde espléndida; el sol iba a su ocaso,
Arrebolando nubes con su brillante paso;
Cantaba la natura los últimos cantares
De los atardeceres, con notas de pesares.

Los pájaros cantaban su postrer canturría,
Como si recitasen la plegaria a María;

Los árboles, moviéndose, como que susurraban,
Con vaivenes humildes a rezar invitaban.

Eran las horas santas, eran las horas graves
De recitar el «Angelus» con tres solemnes «Aves»,
Doblando el talle erguido, cayendo de rodillas,
O inclinándose, humildes, como las florecillas.

El padre de Teresa, cual viejo patriarca,
Contempla mudo, extático, cuanto su vista abarca
Su faz iluminada por los rayos postreros
Del sol, se asemejaba a santos verdaderos;

Y santo verdadero fué el padre de Teresa,
La Flor que aquellos campos encanta y embelesa
¡Cómo se embelesaba tan santo y noble anciano
Cuando su reinecita besábale la mano!

Teresa fué a besársela aquella tarde hermosa,
Pero notó el buen padre que iba triste y llorosa;

Que en la paterna mano la linda pequeñuela
Dejó una ardiente lágrima, que su dolor revela
¿Dolor? Mas, ¿qué dolores puede tener Teresa,
La Flor que aquellos campos encanta y embelesa?

—¿Qué tienes, reina mía?—pregunta el padre anciano,
Mientras, como a hurtadillas, enjógase la mano,
¿Qué tienes, reinecita? ¿Qué penas tan traidoras [no--,
Tu corazón desgarran? ¿Por qué, mi reina lloras?

Y estrechando a Teresa contra el paterno pecho
Alzóse del asiento, púsose en pie; y derecho
Por la avenida umbría a caminar empieza
Para ocultar el sello de pena y de tristeza.

—Papá,—dijo Teresa, ahogando los sollozos,
No hay en la tierra dichas, no hay en el mundo gozos.

—¿Por qué lo dices, reina?

—Lo digo, padre amado,
Porque tu amante pecho, sin querer, he turbado.
—¿Ignoras, reina, acaso, que no pierde la calma
Quien a Dios está unido con fe, con vida y alma?

—Entonces ¡ay! entonces, ¿no perderás rey mío,
Tu calma si te digo que yo volar ansío
Desde estos tus jardines al abreviado cielo
Del jardín que la Virgen cultiva en su Carmelo?...—

Mudo quedó el buen padre, llevándose la mano
A los ojos bañados de lágrimas; en vano
Ocultarlas quería; los ojos de Teresa,
Viendo llorar, lloraron lágrimas de princesa,
De princesa encantada, de princesa divina,
Que al querer de su padre siempre, humilde se in-
[clina.

El sol majestuoso hundióse en carro de oro;
Hundióse en el silencio el armonioso coro
Que en los atardeceres, con notas de pesares,
Entona tristemente cantos crepusculares.

Teresita y su padre, por la umbrosa avenida
Caminan; triste el padre, la hija conmovida.
De pronto un pensamiento, con fuerza seductora
Asaltó a la pequeña, y sintióse «doctora»:

Santa doctora mística, cual la insigne Avileña
Discípula escogida de la sin par Teresa.
Pensó en lo que sufriera la Virgen de Castilla
Al dejar a su padre; y así la Florecilla
Cobró valor heroico, cobró tan grande aliento,
Que entre lanzas pasara por ir a su convento.

Ya defender su causa supo con tal vehemencia
Que convenció a su padre con cálida elocuencia.
¡No en valde el viejo abate llamaba a Teresita
Su pequeña doctora, su linda doctorcita!

Siguieron paseando por la umbrosa avenida,
El «rey» meditabundo, la «reina» conmovida,
Fijando la mirada en el sol que, en su ocaso,
Va arrebolando nubes con su brillante paso.

Ya no llora el anciano; ya nada hay que le aflija:
Es feliz, porque sabe que va a serlo su hija.
Ya desata su lengua del amor la vehemencia,
Y ya es él quien derrocha soberana elocuencia.

Conduciendo a Teresa junto a un lindo cantero,
Coge una florecilla de matiz hechicero,
Y dice: «Mira, reina, mira las maravillas
Que Dios tiene encerradas en estas florecillas.

¿La ves tan delicada, tan bella y primorosa?
Es porque Dios la cuida lo mismo que a la rosa».
Y mientras el buen padre en explicar se empeña
Mil maravillas de ella, Teresa sueña ¡ay! sueña
Que en la flor está escrita su peregrina historia,
Y página por página la trae a la memoria.

La flor que del cantero cogió amorosa mano
Tenía las raíces frescas, frescas; no en vano.
Sueña la reinecita que está simbolizada
En esa florecilla del jardín arrancada;
Y trasplantada siéntese, por grato don del cielo,
Desde el jardín paterno al jardín del Carmelo.

Otoño de 1887

Era un triste día
De viento y de nieve,
Cuando caen las hojas
Al soplo de muerte.

Era en el otoño, cuando los ensueños
Y las ilusiones se nos desvanecen;
Ya la Florecilla cuenta trece abriles;
Ya sueña que sube la áspera pendiente
Del pensil del Carmen;
Ya viviendo muere,
Porque en la ladera de la cuesta aquella
Una voz la dice que es niña y no puede
Recibir el velo de las carmelitas,
Y viviendo muere!

¡Pobre ensoñadora de los ojos grandes!
¡Pobre Florecilla del candor de nieve!

¿Qué es niña, y no puede ser flor del Carmelo
Cuando en sus jardines ella más florece?

¿Que es harto pequeña para huir del mundo
A las soledades a buscar la muerte?...

Ella irá corriendo sin mirar peligros,
Sin temer la lluvia, sin miedo a la nieve;
Ella irá volando por valles y montes,
Hasta hallar quien hace del Señor las veces,
Y decirle humilde: «Aunque soy pequeña
Flor, tan tierna y débil,

Quiero deshojarme sobre la Montaña
Que es altar y es trono, que es jardín riente
De la Virgen pura, que a los Carmelitas
Les dejó aquel Carmen de frescor perenne».

Y cuando Teresa, con su «rey» amado,
Se postró de hinojos, y exclamó doliente
Al Prelado santo, que volar la dejen
Al Monte Carmelo, repitió a su oído
La voz lo de siempre:

«Que es harto pequeña;
Que es niña y no puede
Recibir el velo de las carmelitas,
¡Y viviendo muere!

¡Pobre ensoñadora de los ojos grandes!
¡Pobre tortolilla del gemir doliente!

¿Que es niña y no puede ser en el Carmelo
Blanca palomica, tórtola doliente?...

Ella irá volando por valles y montes
Hasta que en la roca más alta se viere;
Y cuando se viere sobre la alta roca,
Con gemidos hondos, dirá mansamente
Que encontró su nido sobre la Montaña
Del Carmelo, y digan «que es niña y no puede
Cantar sus amores, decir sus quereres
A la Flor del bello campo nazareno
Por quien suspirando ella, vive y muere».

¡Pobre virgencita de los ojos grandes!
¡Pobre Florecilla del candor de nieve!
¡Qué triste aquel día! ¡Qué triste el otoño

Del ochenta y siete!

Camino de Roma

Caminito va de Roma

La más linda peregrina;
Caminito va de Roma,
Siempre con su idea fija.
Piensa que el santo Vicario
De Cristo, con luz divina
Podrá ver sus pensamientos,
Y la mostrará enseguida
El sendero que conduce
Al Carmelo de María.

Caminito va de Roma

La más linda peregrina,
Recibiendo en su camino
Agasajos y caricias.
En París, nuestra Señora
De la Victoria atestigua
Que Ella la robó a la muerte
Con una dulce sonrisa.
Elevando el pensamiento
Sobre las cumbres altivas
De los montes, va pasando
Por los montes de Suiza.
En los cristalinos lagos,
Donde los cielos se miran,
Pura, límpida y radiante,
Sueña ver la faz divina.

¡Italia! Qué de impresiones,
De cuadros y perspectivas
Ofrece el País del arte
A su corazón de artista!
¡Milán! *Il Duomo divino*
Cuyas agujas altísimas
Parecen tocar los cielos,
Como plegarias benditas.
Aquella blanca montaña
De mármol, a quien da vida
Un mundo de santos y ángeles,
Desde crestas y hornacinas;
Aquella blanca montaña
Tal fascinó a Teresita,
Que, sin entrever peligros,
Subió a la más atrevida
Gótica aguja, soñando
Escalar la gloria misma...
¡Venecia! la perla adriática,
La misteriosa y tranquila
Urbe de los cien canales
Con góndolas *vario-pintas*.
Venecia, la encantadora,
No encantó a la Florecilla,
Porque todos sus encantos
Borró una nota sombría.
El «Puente de los suspiros»,
Do los valientes vacilan,
Y las cárceles oscuras,
Encogen su alma chiquita.

Tanto, tanto la encogieron,
Que no vió la pobre niña
En la plaza de San Marcos
Las graciosas palomicas...
¡Padua! La ciudad del Santo
Taumaturgo, en ella aviva
El celo de los apóstoles
Que a Jesucristo predicán.
La lengua santa, incorrupta,
De San Antonio la indica
La senda que los apóstoles
Han de seguir en la vida.
¡Bolonia! ¡Qué dulce imagen
La de aquella virgencita,
En cuya faz estampara
El Niño Jesús un día
Un beso! ¡Qué dulce imagen
La de Santa Catalina
de Bolonia! ¡Qué de encantos
Tuvo para Teresita!
¡Loreto! ¡La augusta Casa
De la Sagrada Familia!
¡Qué comunión recibieron
Allí Teresa y Celina!...
¡Oh, las Flores de Florencia!
¡Oh, los bosques de la Umbría!
¡Oh, las aves, que Francisco
Llamaba sus hermanitas!
¡Qué de notas misteriosas!
¡Qué de sensaciones íntimas!

¡Qué ansias de pintar en lienzos
Las impresiones artísticas!...

Caminito va de Roma

La más linda peregrina,
Por ver si el sol del Carmelo
En el Vaticano brilla.

En el Coliseo

—¿Qué buscáis en el amplio Coliseo,
Travesas peregrinas?
¿Dónde os llevan las alas del deseo,
Expuestas a quedar bajo esas ruinas,
Travesas peregrinas?

—Dínos tú, voz amada,

¡Oh, dínos, por piedad! ¿cuál es la arena
Con la sangre de mártires regada,
Que las almas cristianas enajena?
Dínoslo, voz amada.

—Travesas peregrinas,
Buscad entre las ruinas
Una cruz pequeñita colocada
Donde estuvo la arena ensangrentada;
Aquella es vuestra arena, peregrinas.

—¡La cruz! ¡La cruz! Mírala allí, Celina;
Gritó la más pequeña peregrina:—
Y ambas corrieron con el alma llena
De piedad y de fe, a besar la arena
Donde estaba la cruz santa y divina.

En las Catacumbas

¡Qué de almas hechizan,
Qué de almas atraen
Los santos sepulcros
De los santos mártires!
Cruzar corredores
E intrincadas calles
Debajo de tierra,
Respirando el aire
Que está embalsamado
Con cristiana sangre...
Ese fué el ensueño,
Ese el amor grande
De la Florecilla
De aquestos cantares.
Perderse en los ángulos
De sombrías naves,
En las subterráneas
Iglesias papales;
Bajar a la cripta
De una insigne mártir,
Y so el «arco-solio»,
Como muerta, echarse;
Meterse en un nicho,
Que enseguida tapien,
Con ladrillos rojos
O con blancos mármoles;

Desear ansiosa
Que su nombre graben
Con clásica cifra
Que diga a quien pase:
«Aquí Teresita,
Blanca Flor del Carmen,
Por amor de Cristo
Supo deshojarse».

En las catacumbas,
Que llaman papales,
Las de San Calixto,
Pontífice y mártir,
Está aquella cripta
Que guardó el cadáver
De Santa Cecilia
Cual joya brillante.
El nicho está abierto;
No lo ocupa nadie,
Porque en su basílica
Ya la Santa yacé.

Cuando Teresita,
Con ojos amantes,
Vió aquel nicho abierto,
Se metió al instante,
Y llamó a Celina,
Y, cual, si soñasen,
Ambas se tendieron
En la tumba, que antes
Ocupó la Santa...

Como si soñasen

Que por Cristo dieron
 Su vida y su sangre,
 Y eran dos Cecilias,
 Vírgenes y mártires.

Visitando a Santa Inés

«Mártir graciosa y bella
 Que el purísimo lirio
 Salpicaste de rojo en el martirio:
 Haz que siempre yo siga por tu huella,
 Mártir graciosa y bella.

«Virgen de mis amores,
 Esposa de Jesús, niña inocente:
 Enséñame el camino de la fuente,
 De la fuente que apaga los ardores
 De quien padece amores».

«Escucha mi querella,
 Mártir graciosa y bella,
 Y alcánzame que tiña yo mi lirio,
 Con la púrpura bella del martirio,
 Mártir graciosa y bella».

«¡Ay, pídele a María
 La rica pedrería,
 Que Ella te dió en el día de tu boda.
 Dile que yo soy toda,
 Como tú, de Jesús y de María».

Tal Teresa decía
 Cuando fué a visitar una mañana

A la Santa que más ella quería;
 E Inés la recibía
 En su templo de «Via Nomentana».

No era el León tan fiero...

Suben los peregrinos
 Por marmóreas escalas
 Que conducen a regias,
 A deslumbrantes salas,
 En las que prodigaron
 Mil genios un tesoro
 De pinturas murales,
 De artesonados de oro.
 En la sala del trono,
 De primores divinos,
 Esperan al Pontífice
 Los buenos peregrinos,
 Hablándose en voz baja,
 Mientras llega el momento,
 En que el amado Padre
 Venga a ocupar su asiento.
 «¡El Papa, peregrinos!»
 Dijo en frase sencilla
 Una voz, y en el acto
 Doblaron la rodilla
 Los hijos ante el Padre;
 Y esto a ninguno empece
 El mirar la figura
 Del Magno León Trece.

Sentóse el Padre Santo
Con inefable calma,
Revelando la dicha
Que allí siente su alma,
Al ver ante su trono,
Sumisos y postrados,
Los nobles descendientes
De los nobles Cruzados.
Pasan luego los hijos
Besando el pie del Padre,
Y él los alza, amoroso,
Cual amorosa madre;
Y si ante el trono augusto
Nadie los labios mueve,
Es que alguien lo ha prohibido,
Y nadie a ello se atreve.

• • • • •
¡Pobre Teresa! ¡Pobre
Reinita de sus lares
Que confiar al Papa
Quería sus pesares!
—«¿Qué hacer?»—con la mirada
Preguntaba a Celina:
—«¡Háblale!»—dijo aquella
Con persuasión divina.
La Flor inclinó el cáliz
Ante el santo Vicario
De Aquel que prisionero
Quedóse en el sagrario;
Y cuando, reverente,

El pie santo besaba,
Cual otra Magdalena,
Besándole, lloraba.
Después cogió Teresa
La marfilina mano
Del Pontífice Grande,
Del Magno Soberano,
Y con filial audacia
Clavó sus ojos bellos
En los ojos Leoninos,
De fúlgidos destellos.
¡No era el León tan fiero
Como alguien le pintaba!
Y el ruego de Teresa
Muy atento escuchaba,
Y dijo, como santo,
Con enfático acento:
«Si Dios quiere, irás, niña,
A tu amado convento».
—«Pero... ¿quién interrumpe
El desfile ordenado?»—
Dijo una voz sonora,
Bajo el techo dorado...
Y en verdad, que causaba
No poca maravilla
El verlo interrumpido
Por una Florecilla.
Mas, a la Flor del Carmen
Esa voz no asustaba:
¡No era el León tan fiero...
Como alguien le pintaba!

¿Dónde vuelas, paloma?

—¿Dónde vuelas, paloma,

Dó vas de vuelo?

—¡Ay! ¿no lo adivináis?

¡Voy a mi cielo!

—¿A tú cielo? ¿Qué cielo

Dices paloma?

—Aquel que resplandece

Sobre alta loma.

—¿Qué hay en aquella loma

Que así te encanta?

—Un arca salvadora,

Un arca santa.

—¿Cómo se llama el arca

Do vas de vuelo?

—¡Ay! ¿No lo adivináis?

¡Monte Carmelo!

A las cumbres del Carmelo

Detrás de ella se cerraron

muchas puertas con cerrojos;

Detrás de ella se quedaron

muchos empañados ojos.

Delante de ella volaban

muchos ángeles del cielo,

Y el camino la enseñaban

de las cumbres del Carmelo.

Lágrimas de padre

A un amigo, su buen padre
Así la noticia daba:
«Ayer entró mi Reinita
En el suspirado alcázar
Del Carmelo, y yo quedéme
Solo, muy solo en mi casa.
Solamente Dios pudiera
Exigir hoy a mi alma
Un sacrificio que cuesta
Tanta sangre como lágrimas.
Pero... ¿qué digo? Yo lloro
De dicha por tantas gracias;
Y mi corazón no fuera
Tan feliz, si no llorara».

La alfombra de nieve

Teresa, de punta en blanco,
Va celebrar desposorios
Con Jesús, Rey de los cielos,
Por ser el mejor esposo.
Su padre, para las bodas
Reales, compró a su tesoro
Un vestido de velludo
Todo blanco, todo hermoso.

Tenía las guarniciones
De plumas de cisne, como
La nieve de blancas; blancas
Como blancos, níveos copos.

Tal pasión tuvo Teresa
Por la nieve, que fué el colmo
Pedir a Jesús que hiciera
Nevar en sus desposorios.
Bello amaneció aquel día,
Con un sol de rayos de oro;
Y aunque era en el mes de Enero,
Parecía un Mayo hermoso.
Teresa se puso triste
Por no ver volar los copos
De nieve a alfombrar la senda
Por do viniera su esposo.
Pero, mientras que vestía,
Según rúbrica, en el coro,
El hábito del Carmelo,
Despojándose del otro
De blanco armiño, una alfombra
De nieve tendió su esposo,
Cubriendo toda la tierra,
Por amor a su tesoro.

Cuando Teresa, en el patio
Del convento, vió los copos
Blancos, blancos, de la nieve,
Cayó en la alfombra de hinojos,
Y murmuró agradecida:
«Gracias del regalo, Esposo».

Mártires de amor

- ¿Sufres mucho, Celinita?
 —¿Padeces mucho, Teresa?
 —Yo beso la cruz bendita.
 —A mí la cruz me embelesa.
 —¿Qué sufres, dímelo, hermana.
 —¿Qué padeces, dílo, nena.
 —¿Yo?... una pena sobrehumana.
 —Pues... yo una divina pena.
 —¿Por quién padeces, Celina?
 —¿Por quién suspiras, Teresa?
 —Tu corazón lo adivina.
 —Yo no, no sé cómo se expresa.
 —¡Qué dicha la de sufrir!
 —¡Y mártires de amor ser!
 —¡O padecer o morir!
 —¡O morir o padecer!

Coronas y guirnaldas

Por el camino adelante
 Hallaron las peregrinas
 Muchas flores, muchas flores,
 Y muchísimas espinas.
 Con las flores adornaron
 De *guirnaldas* el sagrario;
 Con las espinas hicieron
Coronas para el Calvario.

Sin lamparita

—¿Quién te quitó la linda lamparita,
Privándote de hacer tus mil labores?
¿Qué es lo que haces a oscuras, Teresita?
—¡Estoy viendo al Amor de mis amores!
—Bienhaya, pues, entonces, la monjita,
Robadora de lindos veladores,
Que, al quitarte la linda lamparita,
Te hizo ver al Amor de tus amores.

Páginas calladas

¡Qué páginas por alto te pasaste
En la «Historia de un alma»!
¿Por qué te las callaste?
Mas, ¡ah! que por callar mereces palma
De virgen bien prudente;
Porque están en las páginas calladas
Los amores que no entiende la gente.

A toda vela

Duerme en mi barca, duerme, Dueño mío;
No temas, buen Jesús, que te despierte.
Yo te quisiera hablar con desvarío;
Pero, soy muy feliz sólo con verte.

¿No es feliz una madre cuando admira
Dormidito a su niño en linda cuna?...
Tu barquera te mira,
A la luz esplendente de la luna
Dormidito en su linda barquichuela,
Y surca, alegre, el mar a toda vela.

La brasa del diablo

—«¿Quién te trajo al Carmelo,
Histérica chiquilla?
¡Qué bien sabes fingir ardiente celo!
¡Qué bien sabes llamarte Florecilla!
No sueñes, pecadora,
En seguir a ese Dios que te enamora.
Vuelve, vuélvete a casa,
Que go en tu corazón pondré otra brasa,
Y has de ver los ardores
Que causan mis amores,
Y la vida que pasa
Quien vive y duerme y juega entre mis flores».—
Dijo el diablo a Teresa
Con pérfida ironía,
En la aurora de aquel dichoso día
En que iba a ser la Flor monja profesa.

Crucifixión

Cuando profesó Teresa
Puso sobre el corazón
Un billete en que decía
A su Esposo y su Señor:
Jesús mi Señor y Esposo:
Mirad lo que quiero yo:
Quiero que mi blanca estola
Bautismal guarde el candor
Del día de mi bautismo
Y del de mi profesión.
¡Antes morir, que mancharla!
Quiero asemejarme a Vos
En la pureza del lirio
Y en la gracia de la flor.
«Dulce Dueño de mi vida,
Jesús, mi Esposo y Señor:
Oid, oid otra cosa
Que quiero y os pido a Vos:
Yo quiero, y pido con lágrimas,
Mi dulce Esposo y Señor,
Que en todas mis alegrías
Me asalte vuestra aflicción.
Que pongáis mirra en mi vaso,
Y ajenjo en mi refección,
Y espinas por mi camino,
Y en mi morada dolor.

Así podré ser la esposa
De quien por mí en cruz murió:
Tu fuiste crucificado,
¡Yo quiero crucifixión!

La guirnalda perfumada

Era la fiesta, dulce y hermosa, con que el Carmelo,
El nacimiento de su Princesa conmemoraba,
El nacimiento de la *Madonna*, cuando Teresa,
A la *Madonna* de su Carmelo se consagraba.

Bella guirnalda ciñó las sienes de la profesa;
Y la profesa fué a su *Madonna* con la guirnalda,
Y así la dijo: «Tomad, mi Madre, guardad mis flores,
Que allá en la gloria me las daréis más perfumadas.

Guardó la Virgen con mil amores aquella joya,
De que Teresa hizola entonces depositaria;
Y no en el cielo, sino en la tierra, quiso la Virgen
Dársela pronto, más verdeante, más perfumada.

Murió Teresa, la virgencita de mi Carmelo,
Y, estando muerta, la coronaron con su guirnalda,
Con la guirnalda que dió a la Virgen y que la Virgen,
Para su muerte se la devuelve más perfumada.

Billete de bodas

La noticia de sus bodas
Participó Teresita
A las novicias del Carmen
Con estas frases sencillas:
«El Rey de cielos y tierra
Y la gran Reina María
Desean participaros,
Con palabras expresivas,
Que Jesús, Rey de los reyes,
Celebró sus bodas místicas
Con Teresita Martín,
Que llaman la «Florezilla»,
Y que es ya, desde esta fecha,
Reina, por gracia divina,
De los reinos que por dote
Jesús la dió en ese día.
Estos son: la tierna Infancia,
La Pasión santa y divina
Del Señor; y ya por eso
Se llamará Teresita
Del Niño Jesús y de
La Santa Faz. ¡Su divisa
Y sus títulos os dicen
Si es reina la Florecilla!
«Como no pudo invitaros
A las bodas que, en su día,
Celebró sobre el Carmelo,

Ante la Corte escogida
Del Señor de los señores
Y de sus santas milicias,
Por eso tiene el honor,
—Que es honor muy carmelita,—
De invitar a sus hermanas
Para otro solemne día
En que renueva sus votos,
Que es cual renovar su dicha.
Y el día será... ¡mañana!
Mañana, con sus milicias,
A juzgar vivos y muertos,
Vendrá el Dueño de la vida.
Como es incierto el momento
Y el Juez no tiene hora fija,
Estad siempre vigilantes
Con la lámpara encendida,
Con el pensamiento en alto,
Con la conciencia tranquila;
Porque, en viniendo el Esposo,
¡La boda empieza enseguida!»
A las novicias del Carmen,
Con estas frases sencillas,
Dió Sor Teresa la nueva
Feliz de sus bodas místicas.

Velaciones

Qué triste y encapotado
Viste, Sor Teresa, el cielo,
Cuando cubrió el negro velo
Tu semblante sonrosado.

Tu semblante sonrosado
De lágrimas se cubrió,
Cuando tu amor recordó
El semblante de tu Amado.

El semblante de tu Amado
De sangre quedó cubierto
Cuando estuvo en la cruz muerto,
Bajo un cielo encapotado.

Bajo un cielo encapotado
Padecen los corazones,
Que, en día de velaciones,
Contemplan muerto a su Amado.

La blanca tienda

«En la más alta cumbre
De mi montaña
Yo levanté mi tienda,
Mi tienda blanca.
He rogado a la Virgen
Inmaculada

Que la adorne con flores
Y con guirnaldas.
He rogado a los ángeles
De dulces harpas
Que den música en ella,
Música grata;
Porque en ella mi Esposo
Duerme y descansa:
Duerme en la blanca tienda
De mi montaña».
Así la Florecilla
Dice a quien pasa
Junto a la blanca tienda
De su Montaña.

Gustos de pequeñuela

Con un fragmento eucarístico
Comulgaba Sor Teresa
Muchos días, no alcanzándola
En su turno una hostia entera.
Pensó que el amado Esposo
No se complacía en ella
Cuando escondido venía
En partícula pequeña.
Andando en estos pensares
Cierta vez, en son de queja
Murmuró: «Si hoy no recibo
Una partícula entera,

Creeré, Jesús, que no gustas
De morar bajo mi tienda».
Y Jesús, para avivarla
El amor y la fe ciega,
Quiso dar gusto a su amada,
Ya que en ella se recrea.
Así, pues, al otro día
Hizo que el ministro diera
A Teresa, no un fragmento,
Sino dos hostias completas.
Con esto quedó la niña
Fuera de sí de contenta,
Viendo satisfechos siempre
Sus gustos de pequeñuela.
Y el buen Pastor de las almas
En esto nos manifiesta
Que tiene en los parvulillos
Sus goces y complacencias.

Las moradas

Dicen que en el cielo
Hay muchas moradas,
Y que quien lo dice
Conoce la casa.
Dicen que están todas
Muy bien aereadas,
Que hay puertas preciosas
Con piedras muy raras.

Dicen que un sol fúlgido
De inmensa luz baña
Los amplios salones
Y las regias salas.
Y que allí los mártires
Tienen sus estancias
Llenas de rubíes,
De color de grana.
Y las de las vírgenes
Prudentes y santas
Son, más que la nieve
De puras y blancas.
Dicen que los padres
De la Gran Tebaida
Cada cual habita
En célico alcázar.
Los Vates del Monte
Carmelo, allí cantan
En floridos cármenes
A la Inmaculada.
Doctores y Apóstoles
Tienen... pero, basta;
Yo, como chiquita
Quiero chica estancia.
Yo, con cuatro alitas,
Muy bellas y blancas,
Si me lo permiten,
Haré mi morada.
De ese modo puedo,
Doquiera llevarla

Tras el Corderillo
De aquellas montañas.

En la arena de la vida

Si tuviera que ganarme
Por cuenta mía el sustento,
Lo haría siendo enfermera,
Por amor a los enfermos.
Este celestial oficio
Lo desempeñara, cierto,
Con dulce afecto de hermana,
Con amor santo y materno.
Pensaría, a cada hora,
Estar a Jesús oyendo:
«Venid a mí; sí, vosotros;
A recibir vuestro premio:
Vosotros, que me curásteis
Cuando yo me hallaba enfermo».

Y para oír esas voces,
Estaría, oído atento,
A la voz de la campana
Y de los timbres eléctricos
Puestos en la enfermería
Por amor a los enfermos.
Debajo de las ventanas,
En mis ratos de ocio, luego
Me estaría paseando
Porque me hallaran más presto.

¿Acaso no soy esclava
De los más humildes siervos
De mi Dios, para prestarles
Servicios en todo tiempo?
Esta es la lucha diaria
Que han de combatir los buenos
En la arena de la vida,
En nuestro gran coliseo.
Y ¡con qué atención los ángeles
Nos contemplan desde el cielo
Para cubrir nuestra arena
De palmas y de trofeos!

Poetisa y pintora

«¡Quisiera ser pintora!»
Exclamó Teresita cierto día;—
«Si supiera pintar, yo pintaría
La prisión del Amor que me enamora».

«Deseara saber pulsar la lira
De los vates cantores
Para cantarle amores
A Aquel por quien mi pecho ama y suspira».

Y fué dulce cantora
Del Mártir del Calvario;
Fué inspirada pintora
Del dulce Prisionero del sagrario.

Se llamó "Florequilla"

Se llamó «Florequilla»,
Y con tanta pasión amó las flores,
Que el más vivo dolor de sus dolores
Era el ver sin sus flores la capilla.

Se llamó «Florequilla» ;
De la Flor más hermosa del Carmelo;
Por eso la Madonna sin mancilla
Tantas flores la dió para consuelo.

Se llamó «Florequilla»
De Jesús, el divino jardinero;
Por eso la inocente parvulilla
Tuvo por su jardín el mundo entero.

Se llamó «Florequilla»,
Y cifra sus amores
En mandarnos acá, para semilla,
Una lluvia de rosas y de flores.

¡Hasta el cielo!

Oyó su padre, por ser tan santo,
La voz del cielo que le decía:
«Tú que has sufrido, por mi amor tanto,
Oye la nueva con alegría:

»Ven, siervo mío, deja la tierra,
Ven a mi cielo, ven a mi gloria;

Y pues supiste vencer la guerra,
Tuya es la palma de la victoria».

Y fué el buen padre, fuése al convento
Do se ocultaba su Florecilla,
—«Oye, reinita, —dijo contento—,
Soy como un reo que está en capilla.

»Me muero, reina; no tengo penas;
Muero contento; muero dichoso,
Porque mis hijas, por ser tan buenas,
Las dejó en brazos de buen Esposo».—

¡Qué sentiría la Florecilla
Cuando tan sólo dijo en su duelo!
—«¡Hasta la vista, Rey en capilla!
Y el Rey triunfante dijo: —¡Hasta el cielo!».

Lira de serafines

Vibran las cuerdas de laúd sonoro,
Heridas por su mano blanca y pura;
Parece haber robado el harpa de oro
Al Vate que cantó la noche oscura.

Oyense notas de alma desterrada,
Que gime de dolor, y amor expresa;
Parece haber robado la encantada
Cítara que pulsó la gran Teresa.

Resuenan por los aires dulces sonos
Que traspasan los más altos confines;
Es la *Flor*, que nos canta sus canciones,
Emulando a los mismos serafines.

Y tal canta y suspira
La Virgen de Lisieux, por sus jardines,
Al son de ebúrnea lira,
Que, aun siendo pequeñuela, amante aspira
A tañerla entre ardientes serafines.

Horizontes

«Es Jesús el Doctor de los doctores,
Que me enseña sin ruido de palabras;
Jamás hablar le oí, pero le siento
En lo más escondido de mi alma.
El me guía en la senda de la vida;
El me inspira canciones y plegarias;
El abre ante mis ojos encantados
Horizontes que nunca vislumbrara:
Horizontes de luces peregrinas,
Horizontes de océanos en calma,
Por do va navegando el alma mía
A velas desplegadas.

.
Mas, ¿cuándo cerrarás mis horizontes,
Esposo de mi alma,
Poniéndome delante de los ojos
Tu Faz ensangrentada
Con rubies de gloria,
Y poder contemplarte cara a cara?...

Primaveras

Siendo niña, Teresa así decía:
«¡Señor! ¡Si yo muriera
De mi vida en la alegre primavera!...»

Y siendo adolescente repetía:
«Pasó mi edad primera;
Mas, yo quiero morir en primavera».

Siendo joven, decía Sor Teresa:
«Pues que llegué al Carmelo,
Cuando quieras, Señor, llévame al cielo».

Y un día y otro día
Teresita a Jesús así decía:
«No tengo voluntad; cuando tú quieras,
Pues, todas, para mí, son primaveras.

Purgatorios

«Yo no temo el Purgatorio;
Aunque sé que no soy digna
De ir al lugar en que penan
Tantas ánimas benditas.

«Mas, yo sé que existe un fuego
Que acrisola y purifica
Más que el de aquel Purgatorio
En que las culpas se expían.

»Yo soy víctima de amor,
Que, cual hostia pequeña,
Me purifico en la hoguera
Del dolor que santifica.

»Por eso, nunca oscurece
El Purgatorio mi dicha;
Porque paso el Purgatorio
Viviendo vida de víctima».

Y el Purgatorio pasaba
La inocente *Florezilla*
Abasándose en la hoguera
Que, dando muerte, da vida.

El ascensor divino

Una voz misteriosa
Penetró en sus oídos,
«Venid a mí, —decía—
Los que sois parvulillos.

Ella, la *Florezilla*,
Saber, curiosa, quiso
Por qué a los pequeñuelos
A sí llamaba Cristo.

Revolviendo los santos,
Los inspirados Libros,
Halló lo que buscaba
En un verso divino:

«Como una tierna madre
Acaricia a su niño,

Así yo con vosotros
Lo haré, si sois chiquitos.
»Os tomaré en mis brazos
Con maternal cariño;
Os pondré aquí, en mi pecho,
Junto al corazón mío».

Esta voz misteriosa
Penetró en sus oídos,
Y ser siempre chiquita
Ya Sor Teresa quiso.

¿Por qué crecer, si al cielo
Irán los parvulillos
En los amantes brazos
Del Maestro de niños?

Los brazos de su Esposo,
Aunque están en cruz fijos,
Son ya para Teresa
El ascensor divino.

||| Sangre |||

Era en el Jueves santo: ¡bello día
Que recuerda la santa Eucaristía!
Cuando sintió la «Flor», por vez primera,
Un llamamiento a la celeste esfera.

Del cáliz del amor cayeron gotas
De sangre purpurina;
Sintió las cuerdas de la lira rotas,
Al cantar la canción más peregrina.

De la muerte vecina
Sintió junto a su tallo el frío acero;
Y ya la Flor inclina
Su tallo suspirando «Yo me muero».

Va pasar un martirio
De amor y de dolor y de congojas:
Ya empezó el blanco lirio
Con su sangre a teñir sus blancas hojas.

Al golpe de podadera

Un domingo esplendoroso
De florida primavera,
La avenida de castaños
Quiso visitar Teresa.
El frondoso castañar
Con su ropaje de fiesta
Siempre, siempre la decía:
«Ven a pasear, Teresa.
Y Teresa, muy gozosa,
Aquella mañana bella
Salió a cantar con los pájaros
Del castañar, sus endechas.
Mas, ¡ay, dolor!, que aquel día
Tan bello de primavera,
Estaba triste, muy triste,
La hermosa Avenida aquella.
Los castaños tan frondosos
De ramas tan altaneras,

Parecían esqueletos
Hoy, con sus ramas por tierra.
Los brotes verdes, floridos,
Languidecen y se secan
Por el suelo, en este día
Tan bello de primavera.
Muda estaba Teresita
Contemplando aquella escena,
Y al fin dijo: «¿A qué inquietarse
Por las cosas pasajeras?
También muy pronto, muy pronto,
Vendrán a caer, Teresa,
Tus verdes ramas, floridas,
Al golpe de podadera».

Alma de apóstol

En un mundo mejor siempre esperaba;
En un mundo mejor, ciega, creía;
El sol de su esperanza era tan bello,
La estrella de su fe tan pura y viva,
Que pensar no podía hubiese ateos
En esta triste vida.

Esta idea la vino un Viernes santo
Pensando en la Pasión santa y divina.

Llegaron de la Pascua
Los luminosos días,
Y Jesús la hizo ver que hay corazones
Sin fe y sin esperanza en otra vida;

Que del árbol florido de la Iglesia
Son ramas desgajadas y malditas.

Esto la hizo pasar aquella Pascua
En tinieblas y dudas y agonías.

Volvió el fúlgido sol de la esperanza,
Tornó otra vez la fe esplendente y viva
A iluminar los ángulos oscuros
De su alma y su celdilla.

Entonces a sus ojos extasiados
Un mundo de paganos se ofrecía,
Y con alma de apóstol, ¡ay! soñaba
Que era apóstol y mártir en las Indias.

Misionera

«Dichosa yo sería si pudiera
A la China volar de misionera,
Llevando la cruz santa del Calvario
Como hastil de mi santo Escapulario.

Qué dichosa yo fuera
Si, en alas de mi santo Escapulario
Volase cual paloma mensajera
Al pie de aquel sagrario,
Que yo en la China hiciera
Y pudiese decir, con voz divina,
A mi dulce Jesús una mañana:
«Aquí te ofrezco, Amor, toda la China
Convertida a la fe, y hecha cristiana».

¿Que tal vez con mi sangre enrojeciera

La capa blanca, que es mi real bandera? ...
 ¡Cuántas veces mi capa immaculada
 En el cielo ya ha entrado ensangrentada,
 Por ser tan misionera!

La brújula del Religioso

—¿Cuál es *tu* brújula, dime;
 Teresa, cuál es la brújula
 Que te va indicando el «Norte»
 Mientras nuestros mares surcas?

—*Mi* brújula, marinero,
 Digo, pues me lo preguntas,
 Que es la misma que te han dado
 A ti en la profesión tuya.

—¿Cuál es *mi* brújula, niña;
 Dime, ¿cuál es esta brújula
 Que en mi profesión me han dado
 Para conocer mi ruta?

—*Tu* brújula, marinero,
 (Ya que me hablas de la *tuya*),
 Es la misma que yo usaba
 Durante mi *noche oscura*.

—Dime de una vez, Teresa,
 ¿Cuál es esta *nuestra* brújula
 Que *nos* va mostrando el rumbo
 Durante la *noche oscura*?

—Si quieres, buen marinero,
 Saber cuál es *nuestra* brújula,

Deja conducir tu barca
Por quien conoce la ruta.

—Y ¿quién conoce, Teresa,
La ruta en la noche oscura
De las almas religiosas
Que el mar agitado surcan?

—Sabe, sabe, marinero,
Tú que tanto me preguntas,
Que en nuestro barco hay piloto
Práctico en rumbos y rutas.

—Mas, dime, por Dios, Teresa,
Y no me tengas a oscuras;
Dime de una vez bien claro
Cómo hallaré yo mi ruta.

—Ya lo he dicho, marinero,
Marinero que el mar surcas:
Para no perder de vista
Tu «Norte», tienes la brújula.

—Acaba, por Dios, Teresa,
Con tus canciones de cuna,
Y dime cómo se llama
Esa decantada brújula.

—Oyelo ya, marinero,
Y sábetе que «la brújula
Del Religioso se llama
Obediencia ciega y muda».

Pincelillo

Recibió Sor Teresa cierto día
 Un título de honor: el de Maestra
 De novicias, y al punto, humilde dijo,
 A la Madre Priora Sor Teresa:
 «¿No es verdad, Madre mía, que tan sólo
 He de ser *pincelillo* que diseña,
 A la vista del dulce Corderillo,
 Las del Carmen dulcísimas corderas?...».
 Y pincelillo experto
 Llegó a ser Sor Teresa;
 Y siendo una Maestra consumada,
 Pintó con su pincel obras maestras.

La Zagala de María

Si salía por las místicas praderas
 La Zagala de Lisieux con sus corderas,
 Una voz por el Carmelo repetía:
 «¡Viva, viva, el rebañito de María!»

Si dormía, en la canícula, su siesta
 La Zagala de Lisieux, por la floresta
 Una voz arrobadora repetía:
 «¡Duerme, duerme, Zagalita de María!»

Si volvía con sus místicas corderas
 Por los valles y cañadas y laderas

Del Carmelo, doquier clamar se oía:
«¡Viva, viva, el rebañito de María!».

Si soñaba por la noche la Zagala,
Que gritaba a sus corderas «hala y hala»
Al Carmelo, corderillas de María!»,
Soñaba que la Virgen sonreía.

Perdón de Padre

Muy triste fué una novicia
A decir a Sor Teresa:
«Hermana un grave pecado
Pesa sobre mi conciencia».

Sor Teresa, sonriendo
Dijo, después que la oyera:
«Bése, hermana, el crucifijo,
Por única penitencia».

Besó la novicia el cristo
En los pies con reverencia.
—«¿Qué es esto, hermana, —repuso
Vivamente, Sor Teresa—
Una hija a su buen padre,
Le besa de esta manera?»

«¡Echele al cuello los brazos,
Y bese su faz cruënta!»
Besó la novicia el cristo
En la faz con reverencia.

«No basta, niña, —repuso
Dulcemente Sor Teresa—;

Es menester que tu Padre
Esos besos te devuelva».

Puso la novicia entonces
Sobre sus mejillas mismas
El santo cristo, de modo
Que sus besos recibiera.

«Muy bien, —dijo dulcemente
A la joven Sor Teresa—:
Ya quedas tan perdonada
Cual María Magdalena».

Cómo comía Sor Teresa

—Dispéñeme, Hermana,
Que así, en prosa seca,
La pregunte: ¿Cómo
Come Sor Teresa?

—¿Cómo como, Hermana?
¡Linda cosa es ella!
Como como come
Un pobre cualquiera.

—Digo cómo hace,
O cómo se ingenia
Sor Teresa cuando
Se sienta a la mesa.
¿Cómo santifica
La hermana pequeña
Las pobres viandas
De su pobre mesa?

—¡Linda es la pregunta!
Y quiere respuesta
Muy aderezada
Con sal y pimienta.
Pues yo cuando como
Pienso en lo que piensa
Quien come, y comiendo
Mata hambres y penas.
Yo suelo ingeniarme
Tal como se ingenia
Quien comiendo ajenjo
Le sabe a canela.
Siempre santifico
Ayunos y fiestas
Mirando al Desierto
De la Cuarentena,
O al festín divino
De la última Cena.
Siempre en Jesús pienso:
Pienso en la pobreza
Que por mi amor tuvo
Viviendo en la tierra.
Pienso que comía
Pan y frutas secas,
Y me sabe a gloria
Mi pan con corteza.
Y si astucias vamos,
Cada día inventa
Mi amor nuevos modos
De místicas fiestas.

Mil veces, yo misma,
Hágome la cuenta
De estar convidada
A la santa mesa
De aquella Familia
Santa Nazarena.

Como convidada,
Entonces apenas
Casi nada, como;
Como casi a medias.
Paso mi comida
Con gran complacencia,
Viendo cómo puedo,
Sin ser indiscreta,
Ofrecer mi parte
Con delicadeza
A los que conmigo
Están a la mesa.

Cuando, por ejemplo,
Me dan cosas frescas,
Vinos y ensaladas,
O exquisita pesca,
Se lo ofrezco al punto
Con gran reverencia
Al buen Patriarca
De la Casa aquella.

Cuando me dan cosas
Calientes y tiernas
Y frutas maduras
Y ricas menestras,

Todo se lo ofrezco,
Con delicadeza,
A la gran Señora,
A la madre buena.

Cuando me dan dulces
Y pastas y almendras
Y ricos bombones
Y leche y manteca,
Todo se lo entrego,
Con gran complacencia,
Al bello niño
Que la Casa alegra.

Mas, cuando, en los días
De hacer penitencia,
Me dan achicorias,
Me dan acederas,
Entonces, hermana,
Me digo a mí mesma:
«Mira, niña mía,
Mira, Sor Teresa,
Hoy es día grande,
Hoy es la gran fiesta,
Hoy es todo tuyo
Cuanto te presentan;

Hoy no hay convidados
Contigo a la mesa;
Hoy que estás tú sola,
¡A saciarte, prenda!
Que mañana es día
De hacer penitencia!

Penas y cruces

—Si supieras, Sor Teresa,
La gran pena que me da
Ver sufrir algunas almas,
Que son santas de verdad...—

Dijo así cierta monjita
A su hermana angelical,
Y Teresa respondiÓla,
Al momento, con bondad:

«Yo no sufro cuando veo,
Hermana mía, penar
A aquellas *dichosas* almas
Que son santas de verdad;
Porque sé que tienen fuerza
Para poder soportar
La cruz que Dios las envía,
Y con ella alegres van
Por la cuesta del calvario
A la patria celestial.

En cambio, hermana, no sabe
La gran pena que me dan
Los que llevan arrastrando
Las cruces que Dios les da;
Los que no saben sufrir,
Los que no saben penar,
Y nada tienen de santos,
Ni de cristianos, quizás.

Estos sí que me dan pena,
Tanta, que por aliviar
Sus cruces, yo las llevara
Por toda una eternidad.

Dime, hermana, ¿hay mejor cielo
Que sufrir por Dios? ¿Hay más
Penas que den mejor gloria
Que las cruces que Dios da?
En la cruz está la vida;
La Vida quiso llevar
La cruz, por librar de penas
A la pobre humanidad...

.

¡No sufras, pues, hermanita,
Viendo los santos penar!

No llores ante el altar

—¿Por qué lloras, hermanita,
A qué viene ese llorar?
Preguntó Sor Teresita
A una novicia chiquita
Que lloraba sin cesar.

—No llores, hija, no llores
Donde te puedan oír,
Que las lágrimas mejores
De los párpados traidores
Jamás debieran salir.

—Tenéis razón, —dijo al punto

La novicia pequeñuela—
Que en este dichoso asunto
Sólo Dios, según barrunto,
Nuestros dolores consuela.

Iré delante el altar
A contar a Dios mis penas,
Y allí bien podré llorar,
Pues sólo Dios sabe dar
Consuelo a las almas buenas.

—¡Jesús, hermana! ¿gemir
Y llorar ante el sagrario?
¡Oh, no! ¡al contrario, al contrario!
Allí siempre se ha de ir
Con aromas de incensario.

¡Llorar ante Dios, hermana!,
Cuando Dios viene a buscar
Un alma a quien confiar
Lo que la malicia humana
Le entristece sin cesar!

¡Llorar y gemir la esposa
Cuando su Esposo buscando
Viene amor, y no reposa
Mientras no la ve gozosa
A sus pies amor cantando!

No llores, hija, no llores
Delante del santo altar,
Que las lágrimas mejores
De los párpados traidores
Allí no deben brotar.

Risa y llanto

¡Jesús, cómo lloraba!

¡Pobre novicia!

¿Por qué... —Por lo que lloran

Las buenas niñas:

A cada paso

Piensan perder el cielo

Por un pecado.

¡Jesús, cómo lloraba!

¡Pobre novicia!

En busca de un consuelo

Fué a Teresita,

Y Sor Teresa

Le dió el más ingenioso

Que discurriera.

Como estaba pintando

La Florecilla,

Tenía sus colores

En mil conchitas;

Cogió una concha

Para coger el llanto

De la llorosa.

Con la concha en la mano

Dijo Teresa:

«Vierte tus lagrimitas

En mi paleta;

Pues como lloras

Perlas, las perlas quieren
Pintada concha.

¡Santo remedio! al punto,
Cual por encanto,
Se trocó en dulce risa
El lloro amargo.
—Bien: desde ahora,
Llora, —dijo Teresa—,
En esta concha.

Y desde entonces, siempre
Que la novicia
Iba a llorar, buscaba
Cierta conchita;
Mas, por encanto,
Trocaba en dulce risa
El lloro amargo.

Trahe me post te

Llévame en pos de ti, buen Peregrino,
Llévame en pos de ti;
Tus encantos alegran el camino;
Por él yo correré con frenesí.

Llévame en pos de ti, Jesús divino,
Llévame en pos de ti;
Verás cuál correrán por el camino
Los párvulos que vienen tras de mí.

Llévame en pos de ti, buen Peregrino,
Llévame pronto, sí;
Verás cuál correrán por mi camino,
Las almas que he ganado para ti.

¡Ven, hermano!

Cuando vengas a robarme,
Jesús mío, Esposo amado,
No gritaré como gritan
Los mundanos:
«¡Al ladrón! ¡al ladrón!» dicen
Los que temen ser robados;
Yo al ladrón del alma mía
Le gritaré «¡Ven, hermano!»

En el corazón de la iglesia

Quisiera ser sacerdote,
Quisiera llamarme ungido,
Para tenerte en mis manos,
Dueño mío, Esposo mío.
Quisiera ser sacerdote,
De tus altares divinos
Para hacerte bajar luego
Del cielo, al acento mío.
Quisiera ser sacerdote,
Quisiera ser otro Cristo,

Para redimir las almas
Que tú me diste, bien mío.

Mas, ¡ay de mí! no merezco
Ministerio tan altísimo;
Pudiendo, lo rehusaría
Como el humilde Francisco.

Quisiera ser un profeta,
Un peregrino de Cristo,
Por convertir muchas almas
Con terribles vaticinios.

Quisiera ser un vidente,
Para ver, Esposo mío,
Lo que en lejano futuro
Tienes hace tiempo escrito.

Quisiera correr ciudades,
Pueblos, villas y bohíos
Llamando a los hombres todos
A presentarse aquí a juicio.

Mas, no se espantar a nadie
Pronosticando castigos.
¡Yo quiero cazar las almas
Con lazos de amor divino!

Yo quisiera ser apóstol,
Dueño mío, Esposo mío,
Y en las más remotas playas
Clavar tu pendón divino.

Tu nombre llevar quisiera
En mi corazón escrito,
Para que al verme exclamaran:
¡Es un apóstol de Cristo!

Quisiera, con tu Evangelio,
Cruzar los mares y ríos,
Y llevarlo a las cabañas
De los pobrecitos indios.

Mas, ya sé que el ser apóstol
Nunca podrá ser mi oficio;
Apóstol es ser gigante;
¡Yo soy tan niña, Dios mío!...

Quisiera ser, sobre todo,
Virgen y mártir de Cristo.
El Martirio ha sido el sueño
De mi vida de martirio.

Pero, sé que es gran locura
El desear lo que ansío;
Porque ser mártir quisiera
De mil variados suplicios.

Quisiera ser desollada,
Cual fué desollado vivo,
San Bartolomé, el atleta,
Sin exhalar un gemido.

Quisiera ser arrojada,
Como el amado discípulo,
En aceite hirviendo, y luego
Vivir sufriendo un martirio.

Quisiera, cual San Ignacio
Antioqueno, ser el trigo
Que triturasen leones
Para el banquete divino.

Yo quisiera ser Cecilia
E Inés, la del corderillo,

Quisiera ser Juana de Arco...

Mas, ¡Jesús! ¿qué es lo que digo?

Quisiera ser flagelada

Y morir como mi Cristo.

¡Como tú, morir quisiera

Crucificada, Bien mío!

Mas, ya estoy oyendo a Sáulo

Decir a los de Corinto

Que de muy diversos miembros

Consta la Iglesia de Cristo.

En ella hay santos apóstoles,

Doctores esclarecidos;

Hay confesores y mártires

Y vírgenes como lirios.

Ya sé lo que represento

En tu Iglesia, Esposo mío;

Ya sé cuál es aquel hueco

En donde tengo mi nido.

En el corazón de fuego

De tu Iglesia, yo palpito;

Allí me paso la vida,

Y de allí vida recibo.

Mi vocación es amar,

Y hacer amar a mi Cristo.

Yo soy sierva del amor

En tu casto cuerpo místico.

¡Amarte y morir amándote!

Ese será mi martirio,

Mi oficio, mi sacerdocio,

Mi apostolado divino!

En el corazón de fuego
De tu iglesia yo palpito.
Mi vocación es amar,
Y hacer amar a mi Cristo.

Días de fiesta

Flores de mi floresta,
Esposas del Amor de mis amores:
¿Queréis saber curiosas
Los días que yo llamo de gran fiesta?...
Pues, oid bellas flores,
Jazmines y claveles, blancas rosas:
Mis fiestas más hermosas,
(Decidlo en la floresta)
Son los días que sufro más dolores,
Por amor del Amor de mis amores.

Una limosnita

Si yo hubiera sido
Muy rica, muy rica,
El hacer limosnas
Fueran mis delicias.
¡Cuántos, cuántos pobres
Yo socorrería
A todas las horas
Y en toda mi vida.

Mas, si de dineros
Yo no fui muy rica,
Y hoy estoy sin blanca,
Como carmelita,
Puedo, sin embargo,
Dar mis limosnitas
De aquello que gano
Con las obras mías.

Yo sé que hay más pobres
Faltos de comida
Del alma, que faltos
De pan y caricias.
Sé que en el infierno
Ya se precipitan
Muchas almas tristes
Por falta de guía.
Sé que están hambrientas
De gracia divina
Muchas almas pobres,
Allá por la China.
Por eso a esas almas,
Sin que me la pidan,
Doy con mil amores
Una limosnita.

Infancia espiritual

¡Cómo padecía,
Cómo peleaba
Por ganar la gloria,
Por coger la palma!
¡Cómo se vencía,
Cómo se domaba
Por aniquilarse,
Por hacerse nada!
¡Cómo discurría,
Cómo meditaba
Por estar oculta,
Por ser siempre pàrvula!
¡Cuál se enardecía,
Cuánto se gozaba
En llamarse niña
De la Iglesia santa!
¡Cuánto padecía,
Cómo peleaba,
Por salvar los niños,
Por salvar las almas!
Por eso en pos de ella
Una turba marcha
Siguiendo el camino
De su eterna infancia,

Como un espejo

¿Sabéis, almas pequeñas,
Lo que yo pienso
Cuando a Jesús recibo
Dentro del pecho?
Pues, voy pensando
Que mi alma es un niño
De pocos años.

Es un niño que tiene
Su vestidito
Todo lleno de briznas
Y de polvillo;
Porque en sus juegos
Los niños siempre besan
El santo suelo.

Pero, si un personaje
A casa llega,
Corre al punto hacia el hijo
La madre buena
Y en un momento
Es de ver como deja
Su pequeñuelo.

El delantal le quita
Y el baberillo,
Y con cintas adorna
Bucles y rizos,
Y en un momento,

Es de ver cual lo deja
De lindo y bello.

Llega el gran personaje
Y sus caricias
Son para el pequenuelo
De faz tan linda...
Tan linda y fresca,
Que parece una rosa
De primavera.

Así a mí, cuando viene
Jesús, mi Esposo,
A mi alma, y la tengo
Llena de polvo,
Mi Madre buena
Me la deja vestida
Como de nueva.

Es de ver cómo quita
La Virgen santa
Las brizas y el polvillo
Que me la empañan;
Tal es su esmero,
Que mi Esposo la encuentra
Como un espejo.

Serafín y serafines

—¿Sabes, Florecilla, de nuestros jardines
Lo que yo he soñado?...
Que te vi en el cielo, entre el bello coro
De los serafines más altos, más altos, más altos.

—Y si fuese cierto, (dijo Sor Teresa
A la soñadora), yo tengo pensado
Que ni acá en la tierra ni en alto cielo
Yo puedo imitarlos.
Dicen que se cubren con sus grandes alas
Cuando va de paso,
Por entre sus filas, mi Jesús amado.
Yo, en cambio, hermanita,
En vez de cubrirme, tengo ya ideado
Levantar los ojos,
Muy limpios y claros,
Muy claros y abiertos
Y mirar cual miran a su padre amado
Sus hijos chiquitos, corriendo a su encuentro,
Queriendo abrazarlo...

Así yo a mi Esposo,
A mi Padre amado,
Le saldré al encuentro,
Y diré a su paso:
«Yo con mis alitas no puedo cubrirme;
Porque si lo intento, mis alas abraso».

¿Inocente Ladronzuela?

Tuvo la Florecilla
Por protectores
Los que el cielo robaron...
¡Bravos ladrones!
¡Ay! ¡Quién dijera
Que nuestra Flor pasara
Por ladronzuela!

Pero lo más gracioso
De sus astucias
Fué el robarse los cielos
En *noche oscura*,
Y que supiese
Meterse entre los niños
Más... *Inocentes*.

La humildad es la verdad

—¿Qué dices, Florecilla,
De las gracias y dones seductores
Con que Dios ha esmaltado tu camino?...

—Que no me maravilla
Ser blanco singular de sus amores.
¿No sabéis que el Espíritu divino
Inspira en donde quiere, a maravilla?
¿No inspiró en una Virgen sin mancilla,
Y la colmó de honores?...

Pero... yo sigo siendo Florecilla;
No hagáis caso, oh flores,
De mis gracias y dones seductores.

Golondrina peregrina

Golondrina voladora,
Que anidas en el Carmelo
Olvidando hora tras hora
De vivir acá en el suelo:
¿Por qué olvidas, golondrina,
Tu morada peregrina?

Peregrina voladora
Del jardín bello y cerrado
Que la Virgen, tu Señora,
Te ofreció para tu amado:
¿Qué murmuras, golondrina
Del jardín de Palestina?

Palestina, Tierra Santa,
Do vertió sangre tu Esposo,
Es la tierra que te encanta
Por su clima delicioso
¿Cómo vives, golondrina,
Cerca de la Faz divina?

¡Qué divina es la Faz bella
De tu Esposo coronado!
El dolor dejó su huella
En el rostro empurpurado...

¿Por qué tifies, golondrina,
En su sangre tu esclavina?

Esclavina salpicada
Con la sangre del Calvario,
Bien merece ser llevada
A la tumba, por sudario;
¡Ay, tu vida ya declina,
Golondrina peregrina!

Peregrina voladora
Que anidas en el Carmelo,
Ya tu voz suspira y llora
Por volar al almo cielo:
Vuela, vuela, golondrina,
Que el invierno se avecina.

Se avecina el tiempo airado
De ventiscas invernales;
Vuela, vuela con tu amado
A las cumbres celestiales,
Y no olvides, golondrina,
Que aquí fuiste peregrina.

Lluvia de rosas

Llegóse el Otoño, llamando a su puerta;
Abrióle Teresa, que allí estaba alerta;
Y dijo el Otoño: «Hermana Teresa:
Entre aquellas hojas, he abierto tu huesa.

Y dijo Teresa: ¡Cuánto suspiraba
Por saber la nueva que más me halagaba!

Y dijo el Otoño: ¡Ya no más congojas!
Morirás, Hermana, al caer las hojas!

Y dijo al Otoño la Hermana Teresa,
Lanzando un suspiro de amor que embelesa:
Lleva, sí, mis hojas, en rápido vuelo;
Que en lluvia de rosas yo volveré al suelo.

Los sacerdotes

Señor de los señores,
Rey de los reyes,
Que del cielo a la tierra
Al punto vuelves
Cuando te llaman
Los ministros que tiene
La Iglesia santa:

Corderillo divino,
Víctima incruenta
Que en el sagrario moras
Y no te quejas
Cuando con llave
Los sacerdotes tuyos
Cierran tu cárcel:

No pienses, Jesús mío
Que tengo celos
De estos ministros que hacen
De carceleros;
No Esposo mío:

Yo tengo miedo, y mucho
De tus ungidos.

Temo, Señor, que entre ellos

Se encuentren Judas

Que trafiquen y vendan

Tu sangre pura.

Mis oraciones

Tienen por blanco siempre

Los sacerdotes.

Amor con amor se paga

Si en esta playa desierta
De los claustros dió la Flor
Siempre amor a su Señor,
Cuando la Flor yazca muerta
Su Señor la dará amor.

¿Mi cielo?...

Una Hermana la dijo cierto día:
«Qué dicha, Sor Teresa, qué alegría
Gozar sin fin la gloria soberana».
Teresa respondió: ¿Gozar, Hermana?
No es gozar lo que más mi pecho ansía».
—¿Pues, diga, Sor Teresa, ¿qué desea?—
Tímidamente replicó la Hermana:
Teresa respondió: «Quiero que sea

Amado mi Jesús; quiero que vea
Que de ser redentora estoy ufana.
Yo quiero amar, y ser amada espero
Sé que el cielo jamás sus puertas cierra
A quien sigue las huellas del Cordero.
¿Mi cielo, dices?... ¡Ah! Pasarlo quiero
Haciendo siempre el bien sobre la tierra!

De visita

—¿No es verdad, Sor Teresa

Que cuando subas
Al cielo has de mirarnos
Desde la altura?

—No, hermana mía;
Yo bajaré a la tierra
A hacer visitas.

¿Mirar?... Es poca cosa
Para quien ama;
Pues quien ama de veras,
Siempre se baja;
Mi amor de niña
Me bajará a la tierra
A hacer visitas.

Morir pequeña

—¡Qué dicha, Hermana Teresa,
Morir el día del Carmen,
Después de la comunión
Y en los brazos de tu amante!

—¿Morir en tan bello día?
¿Morir en tan dulce instante?...
¡No, no! porque los pequeños
No podrían imitarme.

Yo quiero morir un día
Que por nada se señale;
Cuando a mi Esposo le plazca;
Cuando mi Esposo me llame.

Yo no he de morir cual mueren
Los excelsos personajes;
Sino cual los parvulillos
Que se los llevan los ángeles
A hurtadillas, de la cuna
Cuando no los mira nadie.

Parvulilla, parvulilla

—Dígame, Hermana Teresa,
Dígame lo que ella haría
Si comenzase de nuevo
La carmelítica vida.

—Hermana, hiciera lo mismo

Que tengo hecho hasta el día.

—¿Es que no teme la hermana

Que se dice Florecilla

El juicio del Rey eterno

Y su espantosa justicia?

¿Es que no teme Teresa,

Como con razón temía

Condenarse un solitario

Después de muy santa vida?

—¡Yo no temo condenarme!

¿Condenarme?... Hermana mía,

¡No se condenan los niños!

¡No se condenan las niñas!

—Siempre está mi buena Hermana

Con su canción favorita;

Mas, diga, ¿cómo se obtiene

El ser siempre parvulilla?

—Hermana, ser siempre párvula

Digo yo que significa

Conocer la propia nada,

Renegar la propia estima,

Fiarlo todo en Jesús,

Pedir su gracia divina,

Como el niño pequeñuelo

Pide el pan de cada día,

Porque no puede ganárselo,

Porque es niño todavía

Para ganar el salario,

Para ganarse la vida.

Y como Dios es mi padre

Yo le pido cada día
Que me dé el pan de su gracia
Y el agua de eterna vida,
Que me ganó con su sangre
Para mí que soy su hija...

Por eso quiero ser siempre
Parvulilla, parvulilla.

¡Sitiol

Sed tenía en su agonía,
Cual su Esposo agonizante,
Y pinceladas le dieron
De abrasadores brevajes.

Sólo a Jesús se quejaba
Con mil dulcísimos ayes,
Que sólo Jesús oía
Pues no los fiaba a nadie.

«Jesús, Jesús,—murmuraba—
Vuestra pequeñita amante
Tiene sed. Si vos quisiéseris
Agua del costado darme!...»

Entró la Hermana enfermera
Con agua en aquel instante,
Y dijo: «Hermana Teresa:
Agua fresca... ¡Este es su cáliz!»

Y del cáliz cristalino,
 Que la recordó el vinagre
 De la Cruz, bebió Teresa
 Y ofreció al Señor su sangre.

¡"Me falta el aire"!

Cuando despuntó la aurora
 De su día postrimero
 Suspiró: «¡Me falta el aire
 Respirar aquí no puedo!

Ya no puedo respirar
 En el jardín del Carmelo.
 ¡Cuando llegará la hora
 De respirar en tu huerto!

El cáliz de la amargura

«Ya está lleno hasta los bordes
 El cáliz de la amargura;
 Nunca pensé sufrir tanto
 En esta cárcel oscura.

En esta cárcel oscura
 Tan sólo una luz diviso
 Que por la cruz me convida
 A entrar en el paraíso».

La campana del "Angelus"

Sonó la campana alegre,
Alegre como unas pascuas,
La campanita del Angelus
Que a María saludaba.

Abrió los ojos Teresa,
Fijólos en una estatua,
Bella imagen de María,
De María Inmaculada.

Y con los ojos abiertos,
Y sin ruido de palabras,
Dijo Teresa a la Virgen,
Que, amorosa, la escuchaba:

«Quisiera ser, Madre mía,
No ya Flor, sino campana,
La campanita del Angelus
Para decir con voz alta:

»Dios te salve, Dios te salve,
María llena de gracia;
Dios te salve, Virgen bella;
¡Dios te salve Inmaculada!».

Y mientras tuviese vida
Nunca de tocar cesara.

Al sonreir la Virgen

(CREPÚSCULO)

Un lirio, cuyo nombre yo me callo,
En plena primavera se inclinaba
Sobre su verde tallo;
La Virgen del Carmelo lo cortaba
De su jardín del suelo
Para plantarlo en su jardín del cielo.

El lirio, cuyo nombre yo me callo,
Sobre su verde tallo
Sintió que se inclinaba muy de prisa,
Al sentir la caricia de una brisa,
Y mirando a la Virgen soberana,
Exclamó: «Tú que diste una sonrisa
A tu Flor en la plácida mañana
De mi vida, sonríeme, Señora,
Al crepúsculo bello de mi vida».

La Virgen sonrió como en la aurora,
Y al sonreir la Virgen bendecida,
Ante su altar cayó cortado el tallo
Del lirio cuyo nombre yo me callo.

Post mortem

Está hermosa y sonriente;
Parece que está dormida;
El cuello tiene inclinado
Cual si mostrase la herida.

Cual si mostrase la herida
De la enrojecida flecha;
Mientras la blanca paloma,
Al cielo voló derecha...

Alondra mañanera

¿Dónde vuelas tan gayá y tan ligera
Alondra mañanera?

¿Dónde vas a cantar con la áurea lira
Aquellos tus cantares
Que canta o que suspira
Tu garganta, en los místicos altares?

¿Dónde vuelas, alondra mañanera,
Que así dejas tu linda pajarera?
¿Al cielo con los pájaros cantores
A cantar al Amor de los amores?...

¿Pues qué hiciste en tu linda pajarera
Del Carmelo, entre espinas o entre flores,
Sino cantarle amores,
Oh alondra mañanera?...

Aquí acaban mis cantares

A tus pies dejo la lira
Que acompañó mis cantares:
¿Me la guardarás, Teresa,
Hasta que vuelva a cantarte?

Una flor de mi Carmelo
Deposito ante tu imagen:
¿No me tocará a mí alguna
De tus flores celestiales?

Un pensamiento me asalta...
¿Qué dices?... ¿Lo adivinaste?
Aquí dejo el pensamiento
Para que tú me lo acalles.

Un secreto en estas rimas
He querido confiarte...
¿Me alcanzarás esa gracia
Por premio de mis cantares?...

Y pues sabes mi secreto,
Y mi pensamiento sabes,
Dejo mi flor y mi lira
Y aquí acaban mis cantares.

INDICE



	<u>Páginas</u>
Flores y espinas.	5
Lector, ¿la conoces?	7
Si las flores hablasen.	8
Desde el calvario al cielo	9
¿Desde el Infierno al cielo?...	9
Midiendo la muerte	10
Detrás de aquellas rejas	11
Mirando a su Esposo.	12
Rosa encendida	13
Echando flores	15
El Orión	16
Blanco dosel	17
Santos grandes y pequeños.	18
A la vera del mar	21
¡Adiós, Paulina!	22
Al sonreír la Virgen (Aurora).	23
La Florecilla del divino Prisionero.	25
Sol de primavera.	26
Me quiero llamar violeta.	28
Barcarolas	30
La pescadora de almas	31
Las dos estrellitas.	32
De jardín a jardín	33
Otoño de 1887.	37
Camino de Roma	39
En el Coliseo.	42
En las catacumbas.	43
Visitando a Santa Inés	45

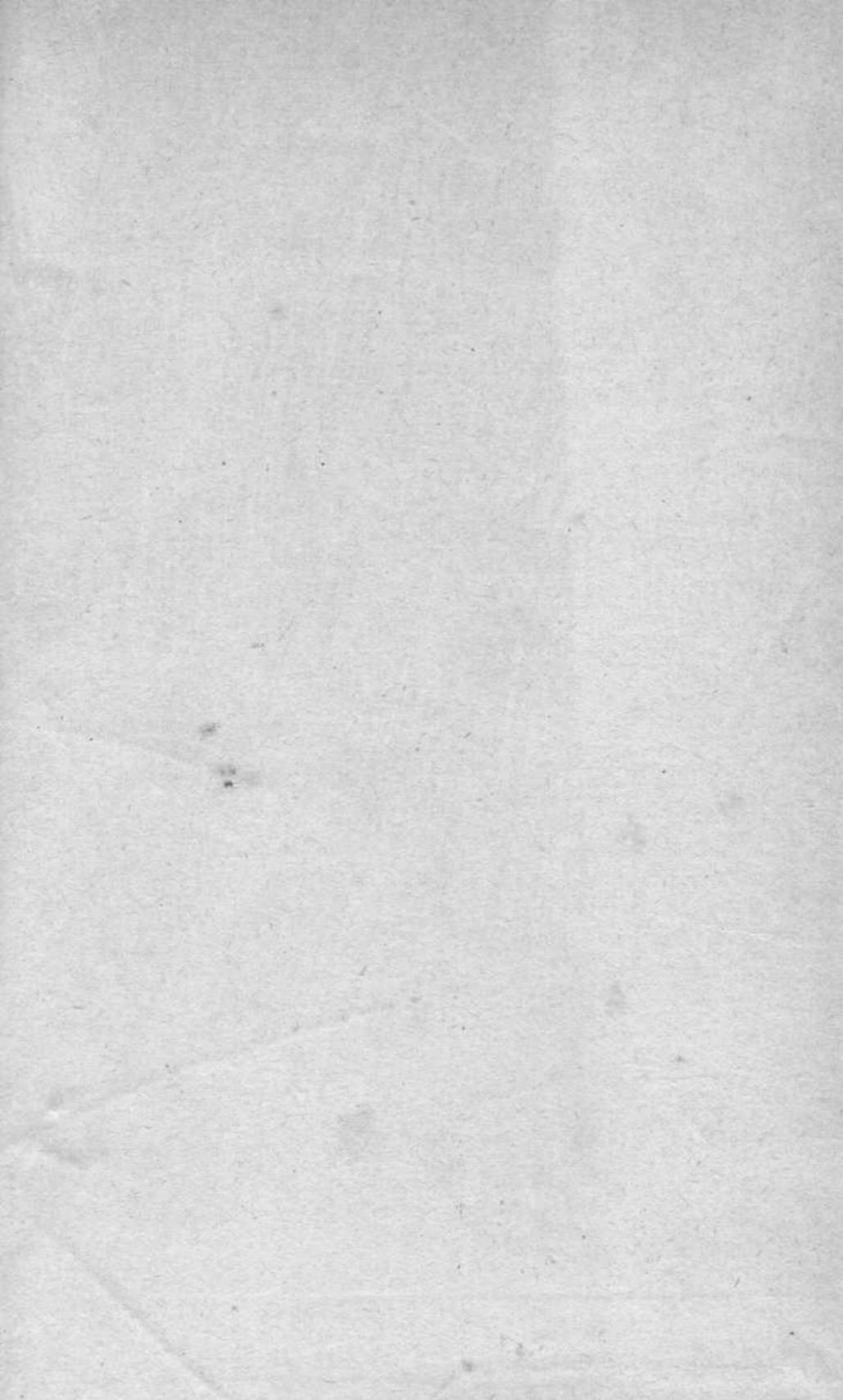
INDICE

	<u>Páginas</u>
No era el León tan fiero...	46
¿Dónde vuelas, paloma?	49
A las cumbres del Carmelo.	49
Lágrimas de padre.	50
La alfombra de nieve.	50
Mártires de amor	52
Coronas y guirnaldas.	52
Sin lamparita.	53
Páginas calladas.	53
A toda vela.	53
La brasa del diablo.	54
Crucifixión.	55
La guirnalda perfumada.	56
Billete de bodas.	57
Velaciones.	59
La blanca tienda.	59
Gustos de pequenuela.	60
Las moradas	61
En la arena de la vida	63
Poetisa y pintora	64
Se llamó «Florequilla»	65
¡Hasta el cielo!	65
Lira de serafines.	66
Horizontes.	67
Primaveras.	68
Purgatorios.	68
El ascensor divino.	69
¡Sangre!	70
Al golpe de podadera.	71
Alma de apóstol.	72
Misionera	73
La brújula del Religioso.	74
Pincelillo	76
La Zagala de María	76
Perdón de padre.	77

INDICE

	<u>Páginas</u>
Cómo comía Sor Teresa	78
Penas y cruces	82
No llores ante el altar.	83
Risa y llanto	85
«Trahe me post te».	86
Ven, hermano!	87
En el corazón de la Iglesia.	87
Días de fiesta	91
Una limosnita.	91
Infancia espiritual	93
Como un espejo	94
Serafín y serafines	96
¿Inocente ladronzuela?	97
La humildad es la verdad	97
Golondrina peregrina.	98
Lluvia de rosas	99
Los sacerdotes	100
Amor con amor se paga	101
¿Mi cielo?	101
De visita	102
Morir pequeña	103
Parvulilla, parvulilla	103
¡Sitio!	105
Me falta el aire!	106
El cáliz de la amargura	106
La campana del «Angelus»	107
Al sonreír la Virgen (crepúsculo)	108
«Post mortem»	109
Alondra mañanera	109
Aquí acaban mis cantares	110

L. D. V. M.



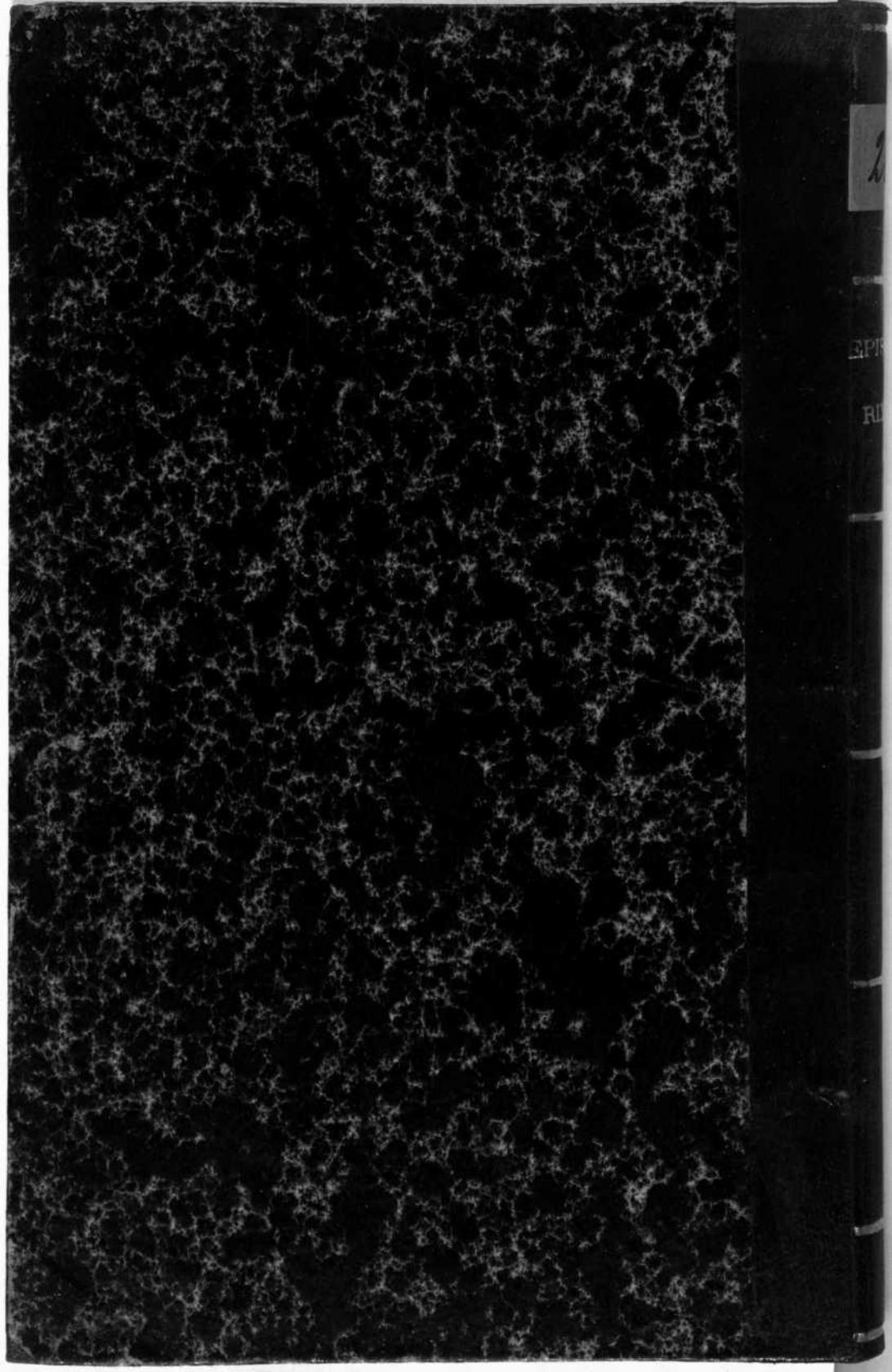
MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN IX

Libros publicados por Carmelitas de la Reforma Teresiana.

Número.....	2017	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	127	Precio de adquisición. »
Tabla.....	2	Valoración actual.....	»



2017.

EPISODIOS

RIMADOS